

UNIVERSIDAD ANTONIO RUIZ DE MONTOYA

Facultad de Filosofía, Educación y Ciencias Humanas



CREENCIAS SOBRE LA EXPRESIÓN DE EMOCIONES EN HOMBRES QUE HAN EJERCIDO VIOLENCIA, PARTICIPANTES DE UN PROGRAMA REEDUCATIVO EN LIMA

Tesis para optar por al Título Profesional de Licenciado en Psicología

Presenta el Bachiller

RENATO JOSUE DE LA CRUZ DEL POZO

Presidente: Miguel Flores Galindo Rivera

Asesor: María Eugenia Maguiña Lorbés

Lector: Ana María Guerrero Espinoza

Lima – Perú

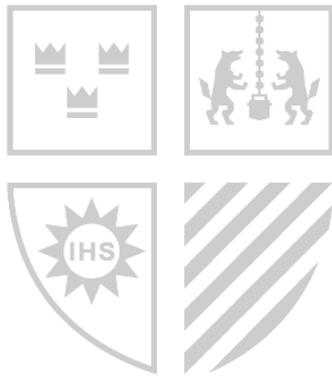
Mayo del 2022

EPÍGRAFE

Una vez vi que no cantabas
y no sé porqué
si tienes voz, tienes palabras
déjalas caer
cayéndose suena tu vida
aunque no lo creas

Cuanta ciudad, cuanta sed
y tu un hombre solo ... (x3)

Almendra – A estos Hombres tristes



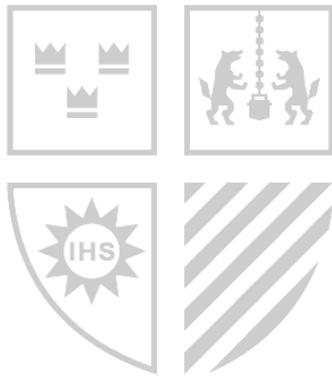
UARMA
Universidad
Antonio Ruiz
de Montoya

DEDICATORIA

Para mi madre

Para mi padre

Para mi hermano



UARM

Universidad
Antonio Ruiz
de Montoya

AGRADECIMIENTOS

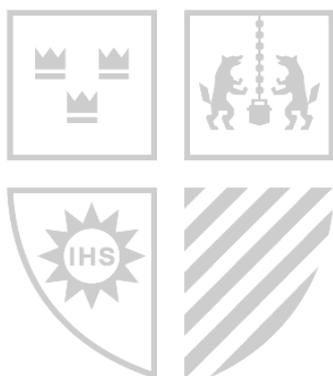
Mis más sinceros agradecimientos:

A mis padres por su apoyo incondicional
y su infinita fe en mí

A mi hermano por ser un buen compañero de vida

Para todos aquellos varones que participaron y
me permitieron conocer sus historias

A mi asesora María Eugenia Maguiña Lorbés
por acompañarme durante este proceso,
con sus palabras, sus comentarios exhaustivos
y su buen humor.



UARM
Universidad
Antonio Ruiz
de Montoya

RESUMEN

La presente investigación describe las creencias sobre la expresión de emociones en hombres que han ejercido violencia participantes de un programa reeducativo en Lima. Para tal fin, se realizó un estudio cualitativo con enfoque hermenéutico en el que se realizaron 5 entrevistas semiestructuradas, donde se abordó la construcción de la masculinidad de estos varones, las creencias en relación con el mundo emocional masculino y su vínculo con el ejercicio de violencia. Entre los resultados más destacados se encontró que a lo largo de su socialización estos hombres desarrollaron una serie de creencias sobre su masculinidad donde la restricción emocional acontece como un aprendizaje que los conduce a emplear la violencia como medio para tramitar sus experiencias emocionales. Asimismo, se halló que muchas de las creencias sobre la expresión emocional de estos varones naturalizaban y normalizaban la violencia como acto legítimo para expresar emociones. También, se encontró que el programa reeducativo los conecta con su vulnerabilidad masculina, en la cual experimentan una serie de emociones que aprenden a conocer, identificar y gestionar. Esto es reconocido por los participantes como un punto importante para que puedan asumir la responsabilidad de sus violencias y luego durante el proceso abandonarla.

Palabras clave: creencias, expresión de emociones, masculinidad, violencia masculina

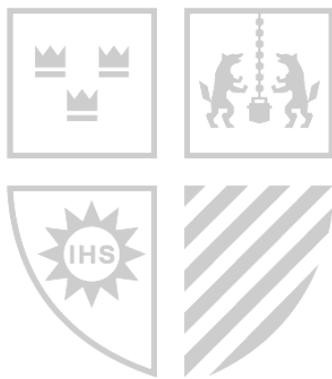
ABSTRACT

This research describes the beliefs about the expression of emotions in men who have been involved in violence participating in a reeducational program in Lima. In order to achieve this goal, a qualitative study was carried out with a hermeneutical approach in which 5 semi-structured interviews were carried out, where the construction of the masculinity of these men, the beliefs in relation to the male emotional world and its link with the exercise of violence were addressed. Among the most outstanding results it was found that throughout their socialization these men developed a series of beliefs about their masculinity where emotional restriction occurs as a learning process that leads them to use violence as a means to process their emotional experiences. Likewise, it was found that many of the beliefs about the emotional expression naturalized and normalized violence as a legitimate act to express emotions. Also, it was found that the reeducational program connects them with their male vulnerability, in which they experience a series of emotions that they learn to know, identify and manage. This is recognized by the participants as an important point so that they assume responsibility for their violence and then abandon it during the process.

Keywords: beliefs, emotional expression, masculinity, male violence.

TABLA DE CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN	11
CAPÍTULO I: REVISIÓN Y FUNDAMENTACIÓN TEÓRICA	14
1.1. Creencias sobre la expresión de emociones	14
1.2. Masculinidad	20
1.3. Masculinidad y emociones	22
CAPÍTULO II: OBJETIVOS Y METODOLOGÍA	32
2.1. Objetivo general:	32
2.2. Objetivos específicos:	32
2.3. Metodología	32
2.3.1. Participantes	33
2.3.2. Criterios de selección	33
2.3.3. Instrumento de recolección de información	34
2.3.4. Procedimiento	35
2.3.5. Aspectos éticos y criterios de calidad de la información	36
2.3.6. Análisis de la información	37
CAPITULO III: RESULTADOS Y DISCUSIÓN	38
3.1. Creencias adquiridas en el proceso de socialización	38
3.1.1. Experiencia familiar	39
3.1.2. Masculinidad y emociones	45
3.2. Creencias asociadas al ejercicio de violencia	53
3.2.1. Experiencia de pareja: La violencia normalizada	53
3.3. Creencias sobre la expresión emocional en la actualidad	61
3.3.1. Proceso de cambio	61
3.3.2. Nuevos aprendizajes sobre la expresión emocional	64
Conclusiones	69
Recomendaciones	75
Bibliografía	77

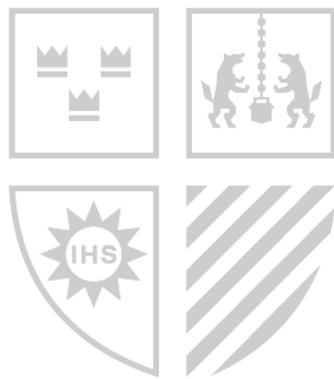


UARM

Universidad
Antonio Ruiz
de Montoya

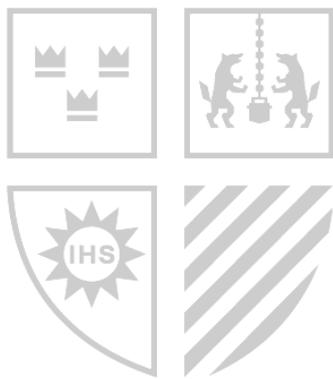
ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1 Características de los participantes 31



UARM

Universidad
Antonio Ruiz
de Montoya



UARM

Universidad
Antonio Ruiz
de Montoya

INTRODUCCIÓN

En el Perú los casos de violencia familiar continúan creciendo, según el reporte de la Policía Nacional del Perú se han registrado más de 222 mil denuncias contra hombres que han ejercido violencia contra su pareja en el año 2018, lo que significa un incremento aproximado del 79% con relación al año 2012 (Instituto Nacional de Estadística e Informática, 2019). Además, las cifras del INEI (2019) revelan que cerca de un 63% de las mujeres fueron víctimas de algún tipo de violencia por parte de su esposo o compañero en algún momento de su vida. En esa línea, cifras del portal estadístico del Ministerio de la Mujer y Poblaciones Vulnerables (2021) muestra que el 85,6% de las mujeres atendidas en los Centros de Emergencia Mujer (CEM) en el año 2021 fueron por violencia de pareja. Estos datos demuestran que la violencia de los hombres hace del hogar el lugar más inseguro para las mujeres (Zraick, 2018).

Es en este contexto donde se visibiliza la importancia de involucrar en la lucha contra la violencia de género a quienes ejercen violencia contra las mujeres y con quienes se ha intervenido muy poco: los hombres (Sánchez, 2017; Oblitas, 2015 y Rodríguez, 2018). Al respecto, si bien el estudio sobre masculinidades en los últimos años ha ido incrementándose en Latinoamérica (Hernández, 2007 y Amuchástegui y Szasz, 2007) la problemática sobre las emociones y su expresión en los hombres ha sido poco estudiada. Esto ha llevado a que investigaciones previas resalten la importancia de investigar e intervenir con hombres desde las emociones debido al vínculo que tiene la socialización masculina con el ejercicio de violencia (Hurtado, 2009; Peres, 2019; Llumipanta, 2018; Sánchez, 2017 y Salguero, Cordoba y Sapién, 2018). Así, se refleja lo indispensable que resulta incorporar en el análisis de la violencia de género a los hombres y su dimensión emocional para conseguir una solución más integral sobre este fenómeno.

En relación a ello se menciona que las emociones tienen una conexión con las creencias predominantes de una cultura donde el valor otorgado determina si una

expresión emocional es adecuada o no en una sociedad (Hernandez, Lugo y De León, 2011). De esta manera, las experiencias emocionales se encuentran atravesadas por creencias culturales, en especial por creencias de género donde cada sociedad asigna a hombres y mujeres una valoración social y cultural distinta a partir de sus diferencias biológicas (Ramos, 2006). Estas se interiorizan y aprenden a lo largo de un proceso de socialización donde se construyen concepciones en referencia a lo que es ser hombre y ser mujer, en el cual se establecen relaciones asimétricas –entre ellas diferencias en la expresión emocional– que se naturalizan y no se cuestionan (De Keijzer, 2010). Es decir, una serie de mandatos, roles y creencias serán asimilados pasiva y activamente por hombres y mujeres, sosteniendo un orden simbólico desigual propio de la sociedad en la que se encuentran inmersos.

En ese sentido, la masculinidad ha sido definida como un conjunto de creencias y significados sobre el ser hombre que va construyéndose socialmente sobre estándares y parámetros de lo que debería ser un “verdadero hombre” –instaurando un modelo hegemónico de masculinidad correspondiente a un sistema de género patriarcal–, que se va edificando en relación con uno mismo, con los otros y con el mundo (Connel, 1997 y Bermúdez, 2013). De esta forma, para De Aguilera (2018) es importante considerar que la formación de un sistema de creencias responde siempre a un modelo hegemónico de una sociedad –como la patriarcal– en la que se socializan ideas que debe asumir la población como verdaderas y que regularán las relaciones entre sus miembros.

Es este modelo hegemónico de masculinidad que va socializando creencias sobre la expresión emocional de los varones desde la infancia, donde se alienta a reprimir una serie de emociones vinculadas a lo femenino –como la tristeza, el miedo, el amor, etc.–; mientras que por otro lado se van legitimando aquellas expresiones emocionales consideradas masculinas –como la ira, la frustración, etc.– (Seidler, 1995 y Castañeda, 2007). Esta socialización de las creencias emocionales divididas por género repercute en los hombres quienes crecerían con limitaciones para reconocer, comunicar y manejar sus emociones, siendo propensos a expresarlas a través de acciones violentas (Rodríguez y Toro, 2008 y Castañeda, 2007). Este proceso de socialización –el cual se encuentra dentro de un sistema social patriarcal y machista–, no solo tendría un impacto en las creencias sobre la expresión emocional, sino también en la salud mental individual y colectiva de una sociedad. Es decir, todo ello se va situando en un contexto social particular como el de América Latina donde la vivencia de la masculinidad se encuentra atravesada por

matices propios de la estructura social, económica, racial y política vividas en la región. Y donde la violencia machista aún está muy normalizada, poco cuestionada e internalizada en las creencias colectivas (Sobrino, 2018).

Por ello, la presente investigación es importante porque además en nuestro contexto peruano se hace necesario e indispensable seguir trabajando, investigando y reflexionando sobre las consecuencias a nivel personal, económico, social y político de la violencia masculina. Esto con el deseo de seguir comprendiendo el proceso complejo, dinámico y múltiple de la violencia masculina –en especial su vínculo con la expresión emocional–, que ayude a obtener mayor conocimiento acerca de las vivencias de los actores que ejercen violencia. Por ese motivo, se considera que las emociones no son un tema secundario en la socialización masculina, sino son constitutivas en las relaciones de género pues disponen a la acción y están siempre presentes en todos los espacios sociales en el que interactúan las personas.

Por tal motivo esta investigación se centró en la experiencia de hombres que han ejercido violencia y que han participado de un programa reeducativo en Lima, ubicado en el distrito de San Juan de Lurigancho. Esto debido a la importancia de obtener información sobre la experiencia emocional masculina y el impacto que puede tener las emociones en el trabajo reeducativo con hombres. Finalmente, por todo lo expuesto anteriormente esta investigación se plantea explorar la siguiente pregunta: ¿Cómo son las creencias sobre la expresión de emociones en hombres que han ejercido violencia, participantes de un programa reeducativo en Lima?

CAPÍTULO I: REVISIÓN Y FUNDAMENTACIÓN TEÓRICA

1.1 Creencias sobre la expresión de emociones

Para Garzón (2006) y Defez (2005), las creencias han tenido una definición formal en la psicología social asociándolas a un estado mental que la persona supone para unificar y darle sentido a los objetos del mundo. Esta definición ha sido reformulada con el tiempo, al proponer que las creencias están dotadas de un contenido representacional propio de cada persona, que en su mayoría es proposicional, lo que otorga a la creencia su carácter falsable.

En esa línea, Hernández, Suarez, Martínez-Torvisco y Hess (2006) y Baron (2006), señalan que las creencias son entendidas también como un juicio psicológico donde el sujeto supone como verdadero el conocimiento o la experiencia que tiene acerca de una persona, objeto o situación particular que se va desarrollando en base a las vivencias directas o indirectas en las que ha ido creciendo. Estas creencias se construirían a través del contacto con el entorno social: familia, medios de comunicación, amigos, etc.; el cual vendría acompañado por un fuerte componente afectivo emocional que determinaría una actitud. Al mismo tiempo, Díez (2017) y Defez (2005), señalan que las creencias son verdades subjetivas que establecen estructuras relativamente constantes sobre el funcionamiento del mundo, lo cual permite que los sujetos interactúen con el entorno de manera más o menos segura. Es esta condición lo que ocasiona que las creencias se resistan y se nieguen a ser pensadas como erradas, pues funcionarían como pautas que orientan los pensamientos, los afectos y el comportamiento de las personas; las cuales se manifiestan por medio de enunciados que permiten conocer cómo el sujeto ordena y dota de sentido las relaciones que establece en el mundo.

Por su parte, Nilsson (2019) y De Aguilera (2018), sostienen que las creencias serían un conjunto de afirmaciones sobre la realidad que responderían a discursos

imperantes de un sistema social y una época –como el patriarcado– que el sujeto va adhiriendo a lo largo de su proceso de socialización para interpretar su realidad, establecer un sistema de creencias (compartido y reforzado por otros miembros de la sociedad) y regular la interacción entre pares. Por este motivo, las creencias no sólo deben entenderse desde un plano individual, sino también en su formación colectiva que a través de un sistema ordenado de ideas y concepciones de la realidad será compartido y desarrollado por un colectivo o una sociedad.

Justamente, Garzón (2006) menciona que las creencias serán diferentes según la época en la que el sujeto viva, pues es a partir de un contexto social, temporal y cultural que se crean y comparten formas de ordenar y simplificar el mundo en el que se vive. Es así que las creencias sostendrían un modo particular de interacción entre los sujetos de una sociedad, privilegiando ciertas ideas sobre otras en función al bagaje cultural y social que se quiere proteger. En ellas influirá fuertemente los medios de comunicación, la familia, la escuela, etc., que va modelando creencias a través de la información y conocimiento que el sujeto irá adquiriendo junto con la dimensión simbólica del lenguaje (Defez, 2005). Así, las creencias al encontrarse atravesadas por la dimensión cultural, política y socioeconómica de un país o sociedad, irá instalándose en el inconsciente de los sujetos que, según su contexto familiar, cultural, económico y político puesto en la interacción social asumirán como propio o no determinadas creencias (Garzón, 2006).

A modo de ejemplo, pensemos el patriarcado que en palabras de Lagarde (1992), Martínez y Leiva (2019) y Minello (2002) se define como un sistema cuyo orden de género está basado en la superioridad de lo masculino sobre lo femenino, el cual preexiste al sujeto quién va internalizando un sistema de creencias a través de un largo proceso de socialización donde se construirán diferencias entre hombres y mujeres. Es decir, el patriarcado se instala en un contexto social tradicional, donde la dimensión política estará marcada por un sistema normativo donde las creencias de género no son cuestionadas y sí asimiladas, influyendo un fuerte componente cultural que otorga a los hombres una supuesta superioridad sobre las mujeres, las cuales finalmente se van inscribiendo a través de las relaciones sociales. Sin olvidar que este sistema patriarcal y su sistema de creencias será diferente según el contexto cultural donde se inscriba: Latinoamérica, Asia, Europa, etc., privilegiaran diferentes creencias sobre la diferencia sexual (Lamas, 1994). De este modo, a través de la crianza y la educación se configurará una serie de creencias, actitudes

y conductas machistas basadas en la supuesta superioridad de lo masculino (Castañeda, 2007 y Ramos, 2006).

Por su parte, cuando hablamos sobre las emociones, hablamos de un complejo proceso del ser humano, pues una emoción involucra experiencias somáticas, cognitivas, sociales, fisiológicas, neuropsicológicas, históricas y contextuales. Al respecto, López, Rodríguez y Marroquín (2013) han dispuesto entenderlas en su dimensión biológica natural y en su dimensión cultural, debido a que ambas están íntimamente relacionadas a la hora de comprender y definir una emoción. En la presente tesis consideramos ambos componentes, pero dándole una mayor visibilidad a la comprensión de las expresiones emocionales en su contexto y proceso sociocultural, lo cual permitirá dialogar con el género y las masculinidades.

Continuando con definiciones sobre las emociones Santrock (2007) muestra que el consenso teórico de los autores del desarrollo indica que las emociones son reacciones que implican sentimientos o afectos que surgen en una persona ante un determinado estado o interacción importante y que se caracterizan por comportamientos que expresan una respuesta al estado placentero o displacentero que experimenta una persona. Esto acompañado de reacciones orgánicas que se presentan a nivel corporal y que, según la experiencia vivenciada, tendrá una reacción directa o indirecta frente al estímulo o al entorno. Así, muchas de estas reacciones emocionales estarán conectadas con las creencias predominantes de una cultura, ya que su expresión hacia una persona, situación u objeto estará dotada de un valor que llevará a la experiencia emocional a estar atravesada por creencias que etiquetará, evaluará y determinará si una expresión es adecuada o no en una cultura o contexto particular (Herrera, 2019 y Hernández, Lugo y De León, 2011). En nuestro contexto cultural y social latinoamericano, se suele recurrir al género de las personas para determinar si una expresión emocional es adecuada o no.

Es así como el género es un concepto proveniente de las ciencias sociales, que no solo refiere a la pertenencia de un determinado sexo, sino que alude a un conjunto de características diferenciadas – cargadas de valoración social y cultural– que cada sociedad asigna a hombres y mujeres a partir de sus diferencias biológicas (Ramos, 2006 y De Keijzer, 2010). Justamente, es a partir de estas diferencias sexuales que se desarrollan desigualdades sociales entre las categorías de lo masculino y femenino – donde lo femenino tendría un lugar menos privilegiado y desvalorizado en la sociedad– (Lagarde,

1992). Esto no solo se representaría a nivel subjetivo, sino también corporal, donde la sociedad impondría prescripciones normativas –creencias, concepciones y características– sobre cómo debería ser lo femenino y lo masculino a nivel público y privado (Lagarde, 1992). De esta manera, estas desigualdades se reproducen por medio de un proceso de socialización que –atravesadas por cuestiones étnicas, raciales, económicas, políticas, etc.–, desarrollarán una serie de privilegios y valoraciones distintas sobre el mundo, las decisiones y oportunidades de cada persona; generando diversas prohibiciones simbólicas en hombres y mujeres (Lamas, 1999).

Todo ello, según Lamas (1999) y Castañeda (2007), funcionará como un filtro cultural que condicionará el aprendizaje sobre lo que es ser hombre o mujer, determinando una serie de mandatos que serán conferidos mediante un proceso de socialización que empezará por la familia donde se expresa, modula, reprime o alienta la expresión emocional según las creencias de género propios de la época. Estas creencias luego se irán socializando en la escuela, donde los imperativos, prohibiciones y sanciones sobre la masculinidad o feminidad se harán presentes, no tan solo de una manera institucionalizada, sino también de manera relacional frente a los pares. Asimismo, Lamas (1994) y Torres (2018) resaltan los medios de comunicación como promotores que sostienen determinadas creencias de género que impactaran en el sujeto que al estar inmerso en un intercambio dinámico irá incorporando un conjunto de roles, estereotipos, prejuicios y relaciones de poder. Estos podrán ser cuestionados, asumidos o rechazados según la experiencia subjetiva de cada persona, pero al estar tan naturalizadas será difícil desligarse por completo de los discursos y significados culturales en torno al género que emite una sociedad, pues de forma directa o indirecta modelarán formas de comportarse, pensar y sentir (OMS, 2013; Ramírez, 2002 y Ramos, 2006).

Al respecto, Bermejo y Hernández (2017) y Ovejas (2020) encontraron en sus investigaciones que varones compartían la creencia de que existen emociones masculinas y femeninas, donde las mujeres eran asociadas a la sensibilidad, la atención y el reconocimiento de emociones de los demás. A su vez, eran percibidas con poca capacidad de regularse emocionalmente, a diferencia de los hombres que sobrevaloran sus habilidades emocionales percibiéndose como capaces de regular, controlar y gestionar sus emociones. También, estas características llevaban a los hombres a negar su mundo emocional y/o a disociarlas bajo el imperativo racional y autosuficiente al que asociaban su masculinidad (marcada por un el temor a ser feminizados). También, hallaron que la

escuela sería la principal institución que marca diferencias en la expresión emocional, pues se aprenderían en su interacción que existen roles de género y formas de expresión emocional que se valoran, y otras que se sancionan como el llanto.

Por ello, es importante comprender que las creencias sobre la expresión emocional responden a un discurso hegemónico sobre el género que, al estar inmerso en un contexto cultural, social, político, etc., poseerá matices en la enseñanza de los infantes respecto a su mundo emocional (Lamas, 1994). Estos significados e interpretaciones modelaran en hombres y mujeres las formas en que las emociones deben ser sentidas y la intensidad con la que deben expresarse –estableciendo límites y control sobre algunas de ellas–; siendo recreadas en las interacciones intersubjetivas y las relaciones sociales (Rodríguez, 2008; Figuera y Guillermo, 2016; y Ramírez, Gómez, Gutiérrez y Sucilla, 2017).

A propósito, Castro y Posada (2008) señalan que una dinámica familiar violenta reproduce una serie de castigos físicos, amenazas, gritos, etc., que con el tiempo se naturalizan y crean patrones de crianza donde se asume la violencia como un mecanismo legítimo para resolver conflictos, educar y expresar emociones. A su vez, mencionan que la violencia ejercida en el hogar puede llegar a identificarse como preocupación o afecto, bajo la creencia de que la violencia protege y educa a los miembros de una familia. Esta serie de creencias llevaría a que la hostilidad y violencia presenciada en la infancia, luego se reproduzca en la adultez transmitiendo una crianza transgeneracional donde las prácticas coercitivas y restrictivas ejercidas por los padres se quedan interiorizadas.

También, Riquelme, Miranda y Halberstadt (2019) dan cuenta de la importancia que tiene la educación emocional en la infancia, pues hallaron que los padres y madres mapuches y no mapuches de una escuela en Chile influyen en la expresión emocional de sus hijos a través de dos creencias compartidas: la violencia como necesaria en el proceso educativo y la represión de emociones negativas en los niños. Esto con la idea de estar guiando la conducta de sus hijos a un “comportamiento correcto”, creencia compartida en el imaginario social de estos padres a pesar de compartir culturas de origen diferentes. Asu vez, encontraron que éstas creencias tenían un correlato alto en la baja tolerancia a la frustración de los niños quienes ante la dificultad de expresar sus emociones como llorar, comunicar su tristeza o su enojo a sus padres, adoptaban la idea de que el silencio o los conflictos a través de la violencia eran adecuadas.

Por su parte, Axt, Lagos y Henríquez (2019), encontraron en adolescentes chilenos de la ciudad de Temuco, que los celos era una de las pocas emociones que podían reconocer, pues lo asociaban a un síntoma de amor y preocupación por sus parejas. Esto los llevaba a ver el control excesivo y la violencia física/psicológica no como una problemática sino como fuente de amor, normalizando la violencia que podían ejercer. También, Axt, Lagos y Ardura (2017), trabajaron en comunas con altos índice de violencia, teniendo como población a 471 hombres chilenos adultos donde encontraron que el consumo de alcohol era alto y muy asociado a la violencia de género. A su vez, hallaron creencias y estereotipos que validaban y justificaban la violencia: los hombres deben controlar a las mujeres, la autoridad se ejerce con violencia, la mujer debe dedicarse al trabajo domestico y la mujer que vive con libertad su sexualidad podría ser violentada al ser percibida como pecadora y sin valor.

En esa línea, Hernández y Garbus (2017) trabajaron con adolescentes mexicanos en quienes encontraron una serie de creencias sobre su expresión emocional en referencia a los celos como medio natural de control hacía sus parejas, el comportamiento violento frente a otros hombres como una expresión varonil, la negación del llanto como expresión que atenta a la masculinidad y un alto consumo de alcohol como medio para expresar emociones como el enojo, la tristeza y la ira. Es así como durante su socialización estos adolescentes expresaron que solo podían manifestar su ira y frustración por ser emociones admitidas socialmente que les permite descargar instantáneamente su tensión emocional. Además, encontraron que estos adolescentes tienen un déficit en sus habilidades de comunicación y manejo de emociones que los lleva desde temprana edad a ejercer violencia contra sus parejas debido a la dificultad que presentan para expresar abiertamente emociones como el miedo, la tristeza o el dolor que se acumulan y emergen en situaciones que no pueden reprimir más.

Además, Cabanillas (2020) y Delgado (2012), realizaron un estudio en Perú y México respectivamente, hallando resultados similares como que una de las causas por la cual los adolescentes consumen alcohol es para ser aceptados socialmente por otros hombres y para manejar sus estados emocionales, donde una de las creencias que subyacen a su consumo es que ayuda a expresar la tristeza, la ansiedad, la ira y permite afrontar estados afectivos como la depresión y la ansiedad. A propósito, los motivos que llevan a estos jóvenes a consumir alcohol estaban relacionados a olvidar problemas familiares, ignorar emociones contrarias a las aceptadas socialmente, sentir confianza

frente a los demás y desahogarse emocionalmente como lo hacían sus figuras primarias quienes bajo los efectos del alcohol mostraban afecto a los demás.

También, Casango, Cortaza y Villar (2017) encontraron que uno de los motivos por el cual los adolescentes mexicanos consumen alcohol está muy relacionado al aprendizaje familiar, en especial porque crecieron viendo a sus padres consumir alcohol como una vía que les permitía desinhibirse en dos aspectos: uno negativo, relacionado al ejercicio de violencia y otro positivo, relacionado a la manifestación afectiva de los padres. De esta forma, en la adolescencia este aprendizaje de la infancia es reproducido bajo la creencia de que el consumo facilita la interacción social, permite ser más expresivos emocionalmente y reduce la tensión psicológica. Finalmente, Torres et al (2016), encontraron que uno de los principales motivos que se asocian al consumo de alcohol es la falta de afecto en la familia y la disfunción familiar que conlleva a los adolescentes del Ecuador a consumir alcohol encontrando en dicha actividad la única vía para aliviar angustias, frustraciones y temores frente a la realidad.

1.2 Masculinidad

La masculinidad es entendida como un conjunto de atributos, significados, comportamientos, roles y prácticas sociales –culturales, políticas, económicas, entre otros– que la sociedad atribuye, moldea y configura en función de ser hombre (Mardones y Navarro, 2017 y Bermúdez, 2013). Por esta razón, para entender lo que es la masculinidad es necesario comprender los significados y el modo en que nuestra sociedad gestiona el orden social. Para ello Connell (1997) describe la masculinidad como una posición en las relaciones de género donde las prácticas de esta posición tienen un efecto en la experiencia corporal, en la personalidad y en la cultura. Además, Bourdieu (1998) manifiesta que existe una dominación masculina culturalmente instalada –ya que el hombre se encuentra desde su nacimiento en una posición de poder–, simbólicamente permitida y socialmente validada, pues la masculinidad se ha construido sobre una ideología patriarcal que otorga el control a los hombres sobre: las mujeres, la reproducción y la descendencia. Por este motivo, este conjunto de atributos moldeados culturalmente educaría a los hombres a ser insensibles, violentos y machistas donde se normalizaría la violencia hacia la mujer al ser percibida como un hecho cotidiano y naturalizado (Vásquez, 2013, Fuller, 2001 y Lamas, 1999).

Por su parte, Seidler (2003), manifiesta que las definiciones e ideales culturales respecto a lo que es ser un hombre, coinciden con las concepciones y valoraciones que imperan en la modernidad sobre la objetividad, la razón, las emociones, la naturaleza, el cuerpo y el lenguaje. Por eso, la sociedad construye un ideal de ser hombre que se concibe en la razón y en el control de sus emociones; que incorporan a través de un proceso de socialización que tiene como principal imperativo reprimir, negar y desconocer los rasgos que se asocian a lo femenino (Núñez, 2007 y Mardones y Navarro, 2017).

De este modo, este ideal de la masculinidad se va construyendo a través de la creación de estándares y parámetros que configuran la idea de ser un “verdadero hombre”, permitiendo establecer identidades masculinas y la creación de un modelo hegemónico de masculinidad que demanda mucho trabajo y esfuerzo para ser conquistada (Connell, 1997 y Bermúdez, 2013). En ese sentido, la masculinidad hegemónica es entendida como una configuración que encarna la respuesta corrientemente aceptada que aporta legitimidad al patriarcado, garantizando la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres (Peña, 2013; Connell, 1997 y Minello, 2002). En otras palabras, la masculinidad hegemónica es un universo simbólico que exalta una determinada forma de ser hombre en la sociedad, aludiendo a lo que significa ser (y no ser) hombre, correspondiente a un ideal cultural y a un poder institucional atinente para la pertenencia del colectivo de los hombres (Bonino, 2000 y Vásquez, 2013).

En esa línea, la masculinidad hegemónica en Latinoamérica se ha caracterizado por tener como atributo central y obligatorio para los hombres: la heterosexualidad –que prescribe determinado deseo y determinada práctica de la sexualidad–, excluyendo a todos aquellos hombres no heterosexuales, que son feminizados y expulsados simbólica y empíricamente del campo masculino (Llumipanta, 2018; Amuchástegui y Szasz, 2007; Lamas, 1994; Ramos, 2006; y Fuller, 2001). Esta exclusión permite la constitución de una identidad que da fundamento y contenido al modelo hegemónico, transformando a las mujeres y a los homosexuales en el otro que delimita el campo masculino y que permite proclamar su virilidad (Olavarría y Parrini, 2000 y Peña, 2013). Así, es a partir de esta diferencia que se va construyendo la desigualdad social entre hombres y mujeres, pues al haber comportamientos, actividades y atributos propios de un género, se va instituyendo una norma social que da reconocimiento a aquellos sujetos que cumplen y están dentro de la norma, mientras que aquellos que se alejan son negados o denigrados (Butler, 2006 y Lagarde, 1992).

Del mismo modo, para Parrini (2007) y Fuller (2001) este modelo hegemónico de masculinidad en Latinoamérica exige a los hombres cumplir con ciertas características y mandatos que operan en un espacio intra e intersubjetivo que define pautas identitarias, afectivas, comportamentales y vinculares que constituye la subjetividad. Esto pone límites y reclama pruebas confirmatorias de virilidad tales como el ejercicio de la fuerza física, la violencia sobre la sensibilidad emocional, la represión de cualquier tipo de expresión emocional asociado a lo femenino, el ejercicio de poder y dominación sobre las mujeres, el ejercicio de la paternidad desde el autoritarismo y, la exaltación del ejercicio de la sexualidad misógina e irrefrenable (Castañeda, 2007, De Keijzer, 2010, Mardones y Navarro, 2017 y Rodríguez, 2014). Es así como los hombres limitarían su experiencia sexual a la genitalidad, sin vivir el erotismo, el amor, resistiendo y suprimiendo lo más posible la afectividad –asociado a lo femenino– que produciría una presión social interiorizada como mandato de demostrar y conquistar su masculinidad a través de la hipersexualización: creencia que desarrollan al pensar que el incremento de la sexualidad, los haría más hombres. Esto tendría graves consecuencias en la salud sexual y reproductiva de los varones al exponerse a ITS y otras afecciones relacionadas al ejercicio misógino de su sexualidad, siendo las parejas sexuales quienes también se verían perjudicadas (Fuller, 2001 y De Keijzer, 2010).

1.3 Masculinidad y emociones

Cuando hablamos de masculinidad y emociones nos adentramos a un terreno poco explorado debido a que los estudios sobre masculinidad en Latinoamérica se han centrado en el análisis de la identidad masculina en relación al modelo de masculinidad hegemónica y han tenido como ejes temáticos: la construcción de la identidad masculina, la paternidad, el ámbito de homosocialidad masculina y la sexualidad masculina (Hernández, 2007; Valdés y Olavarría, 1997; Fuller, 2001; Olavarría, 2001 y Viveros, 2001). Sin embargo, en los últimos años el tema de las emociones relacionadas a la masculinidad ha ido cobrando reconocimiento y relevancia por su importancia en el entendimiento del ejercicio de violencia de los hombres (Rodríguez, 2014; Martínez, 2013 y Ramírez, 2013). Por este motivo, muchas de las investigaciones latinoamericanas que tenían como objetivo comprender la construcción de la masculinidad asociado a la sexualidad, la paternidad, etc., han recomendado abordar el tema de las emociones desde

la perspectiva de género, en especial desde la masculinidad (Hurtado, 2009; Peres, 2019; Llumipanta, 2018; Sánchez, 2017 y Salguero, Cordoba y Sapién, 2018).

Justamente, son estos estudios antes mencionados (Fuller, 2001; Córdoba, 2019; Valdés y Olavarría, 1997) los que proponen que la masculinidad va adquiriendo matices de acuerdo a la región propia de cada país latino, sin dejar de apoyarse en un modelo hegemónico de masculinidad cultural que exige el cumplimiento de determinados mandatos como el ser exitoso, activo, autónomo, fuerte, potente, racional, proveedor, emocionalmente controlado y heterosexual (sancionando todo lo que pueda ser considerado pasivo y femenino). Lo particular de la región latinoamericana es que la masculinidad se construye en creencias acerca de la autosuficiencia, la heterosexualidad, la represión emocional y un posicionamiento afectivo distante y asimétrico. Incluso Córdoba (2019) señala que estos ejes están atravesados por el repudio a lo femenino donde comportamientos temerarios, homofóbicos y misóginos sería una particular forma de vivenciar la masculinidad.

Además, Córdoba (2019) trabajo con hombres de la provincia de Tucumán Argentina, de un nivel socioeconómico medio-bajo, encontrando que la construcción masculina va asentándose en una sociedad que les impone un estricto control de las emociones pero que paradójicamente promueve y legitima la expresión de emociones como la hostilidad, ira o enojo; mientras que el resto de las emociones asociadas a lo femenino como la tristeza, el amor, el miedo son obligadas a reprimirse. Esto promueve distinciones importantes entre la manera de sentir, expresar y manejar las emociones de hombres y mujeres que implica en el hombre la descarga de la pulsión hostil como afecto que, aunque alivia de forma inmediata la tensión, no resuelve sus conflictos (Castañeda, 2007 y Kimmel, 1997).

Al respecto, Polo (2011) realizó una investigación con hombres de Lima de clase socioeconómica alta y con estudios superiores culminados. La edad de su población estuvo en el rango de 25 y 30 años, en el cual encontró que estos varones presentaban un discurso aparentemente alejado de lo que ellos llaman tradicional, pero que en el trasfondo formativo aparecía con fuerza los parámetros de lo que se conoce como masculinidad hegemónica. Así, entre estos hallazgos las emociones aparecen como un territorio protegido para mantener indemne su imagen masculina, ya que ser expresivo emocionalmente constituiría en sus contextos un signo de debilidad y de pérdida de valor

de su masculinidad que se ha construido bajo premisas como la seguridad, fortaleza e invulnerabilidad que requiere un control pleno de sus emociones. Asimismo, menciona que hay una serie de mandatos que contornean la experiencia masculina de estos varones, que lleva a que interioricen la creencia de que un hombre no debe llorar, no debe mostrar afectos a otros varones y que las relaciones sexuales son algo constitutivo del hacerse hombres; que conlleva a que se alejen de toda experiencia que ponga en juego la masculinidad como la debilidad, la sensibilidad, el miedo, etc., por ser características vinculadas a la homosexualidad.

Justamente, Rodríguez y Toro (2008) y Castañeda (2007) señalan que los hombres al ser educados desde su infancia para reprimir sus emociones crecen con un repertorio emocional limitado frente a las vicisitudes de la vida, que los lleva a tener respuestas inadecuadas en diversas situaciones, dónde ante la imposibilidad de comunicar y manejar sus emociones tenderán a expresar estas a través de acciones violentas. Así, la violencia masculina podría estar relacionada a la poca sensibilidad desarrollada para poder reconocer sus afectos, que llevaría a minimizar el ejercicio de violencia debido a la incapacidad de poder reconocer las necesidades y emociones propias y de los demás. Incluso para Puente, Ubillos, Echeburúa y Páez (2016), esto sería una creencia que los hombres usarían para invisibilizar y justificar su agresión, asociándola a una conducta inconsciente e impropia de ellos que emerge en estados de presión, estrés y tensión que no pueden contener.

A proposito, Aiquipa y Canción (2020) realizaron una investigación con mujeres peruanas residentes en Lima de un nivel socioeconómico bajo y medio que sobrevivieron a una relación de pareja violenta, hallando una serie de creencias compartidas e impuestas por sus cónyuges, que las llevaba a naturalizar las agresiones que recibían, compadecer a su agresor e incluso creer que eran culpables de la dinámica violenta en sus relaciones. Estas creencias estaban relacionadas a la idea romantizada de que parte del amor de pareja era aguantar la violencia, que la agresividad era naturaleza masculina y que los hombres –al no tener capacidad para gestionar emociones–, no eran conscientes de la violencia ejercida.

En ese sentido, la represión de una amplia gama de emociones tiene diversas consecuencias para la experiencia masculina; por ejemplo, genera en los hombres dificultades para reconocer sus emociones y las de los demás ocasionando que muchas

veces la falta de educación emocional opere como trasfondo del ejercicio de violencia (Gilardi, 2019; Fernández-Llebrez, 2005; y Castañeda 2007). Justamente, algunos autores se refieren a los hombres como castrados emocionales dando cuenta de la incapacidad que sienten para expresar abiertamente sus emociones por temor a la burla, perder el estatus y ser criticados (Vela, 2014 y Meschi, 2018). Esto operaría como causa de una serie de actitudes violentas, que se desprende de la búsqueda de su afirmación y reconocimiento social (Bonino, 2000; de Keijzer, 2003 y Martínez, 2013). Es decir, cuando algunos hombres experimentan emociones inconsistentes y contradictorias con el modelo hegemónico de masculinidad o ven cuestionado su rol de poder, buscarán reforzar su virilidad a través de la violencia contra aquellos percibidos como una amenaza, así sean su esposa e hijos (Pignatiello, 2014 y Olarte y De Keijzer, 2016).

Así, para Ramos (2006), el miedo a perder el control es una experiencia compartida entre los hombres peruanos de Lima y Cusco, que conlleva a los hombres a liberar todas sus emociones en un lugar seguro y privado, encontrando en el ámbito familiar el lugar ideal para manifestarse. Esto se debería a que la imagen femenina es percibida como inferior y no representaría una amenaza, posicionando a la figura masculina en un lugar de privilegio donde el uso de la violencia se daría cuando su superioridad y autoridad no es reconocida (Fuller, 2001).

Por su parte, Artaza (2018) encontró que el miedo y el dolor a la pérdida de la imagen de sí mismos frente a otros hombres, conecta a los varones venezolanos con aspectos incómodos y desestabilizadores para su tranquilidad que los lleva a canalizar sus energías en ser reconocidos por hombres de carácter, fuerza e inteligencia por la sociedad. Justamente, esta población había construido su masculinidad con base a la creencia de que los hombres son seres racionales y que el campo emocional solo está restringido a mujeres y homosexuales. Esto los lleva a considerar las emociones como un territorio en disputa que obliga a creer que la mejor manera de gestionarlas es reprimiendo y suprimiendo lo que sienten en silencio; lo cual tiene como consecuencia una serie de transformaciones corporales –afecciones a nivel fisiológico, mayor temperatura corporal y sensación de ahogo que deben expresar hacia el exterior–, que influyen en el estado de ánimo y los lleva a ejercer violencia. De esta forma, la experiencia corporal es un aspecto central en el que se acumula lo reprimido y que emerge en forma de violencia, siendo el alcohol el único espacio en estos varones para expresar emociones como la tristeza.

En esa línea, Salguero (2018) halló que una creencia compartida por los hombres del estado de México es que las emociones obstaculizan e interfieren en el desempeño y toma de decisiones que lleva a ocultar toda expresión emocional. También otra creencia muy presente en estos varones fue el ejercicio de la autoridad vinculada a la violencia como aprendizaje adquirido en la infancia que los lleva a imponer una imagen de un hombre frío que niega su campo emocional y hace uso de la violencia como forma de lograr respeto. Así mismo, se encontró que la ira, la agresión y el enojo son emociones admitidas a expresar por estos varones que los lleva a transformar su tristeza, miedo, angustia, etc., en ira que se manifiesta a través de la violencia psicológica y física; encontrando altas dificultades en estos varones para procesar afectos, temores e inseguridades. Por último, halló que la intervención en el reaprendizaje de sus masculinidades les permitió reconocer sus emociones, manejarlas de forma más adecuada y comunicarlas de forma asertiva a sus familias.

A propósito, investigaciones como la de Medina, Arévalo y Duran (2015), quienes trabajaron con parejas universitarias de Colombia, dan cuenta de que una de las causas por la cual aparece y se mantiene la violencia conyugal es la limitada capacidad de los hombres para comunicar, manejar y expresar sus emociones. Asimismo, hallaron que el enfoque de los programas reeducativos permite pensar el género y proporcionar a los usuarios herramientas para enfrentar la negación que tienen de su mundo emocional y de la responsabilidad que tienen en función a su ejercicio de violencia, identificar cuáles eran sus comportamientos violentos y así repensar su masculinidad y abandonar la violencia. Por otro lado, encontraron que estos varones tenían la expectativa de que la pareja sea honesta, expectativa contradictoria pues señalaban que sentían que sus parejas les ocultaban información y que ese motivo los llevaba a episodios violentos. También, hallaron que su limitada comunicación y expresión afectiva los llevaba a asumir que cualquier pregunta o posición diferente de la pareja sobre ellos era una provocación para que ejerzan violencia, bajo la creencia de que la pareja debería comprenderlos emocionalmente y no darles la contraria. Por último, encontraron que los varones carecían de red de apoyo, de espacios recreativos y que los celos – asociados al amor, la sexualidad, etc.– los lleva a emprender violencia.

Por este motivo, las emociones y sentimientos reprimidos no desaparecen, se encuentran presentes todo el tiempo y aprender a controlarlos es lo que resulta contradictorio, doloroso y trae altos costos en la salud de los hombres. Por ejemplo, las

emociones reprimidas buscan canalizarse por otros medios, manifestándose en ansiedad, estrés, mal humor, problemas psicosomáticos, etc., o se exteriorizan a través de acciones violentas, conductas temerarias, de maneras indirectas, de formas bruscas o invisibles para los demás (Sánchez, 2017; Castañeda, 2007 y Blázquez y Moreno, 2008). En consecuencia, como menciona Ramírez (2000), el campo de las emociones es el menos desarrollado en los hombres, el cual se refleja en un deterioro mayor de la salud física y mental que se manifiesta en el consumo de sustancias psicoactivas, en conductas de riesgo, en violencia física, suicidios, etc. (Meschi, 2018; Fernández-Llebrez, 2005, De Keijzer, 2003; y Bonino, 2000). De hecho, investigaciones de Ruiz y Roqueñi (2018), encuentran que el rol masculino tradicional –mejor llamado masculinidad hegemónica– correlaciona altamente con la depresión. Esto podría deberse a que los varones se verían obligados a suprimir su expresión emocional en su entorno, pues limitaban toda expresión emocional que no estuviese relacionado a la fortaleza, la valentía, la racionalidad y la competencia. Por ello, muchos hombres consideran heroico sufrir sin quejarse, no pedir ayuda cuando lo necesitan y descuidar su salud pues consideran que eso los vuelve más hombres (Ramírez, 2000).

Al respecto, Vázquez y Castro (2009) encontraron relación entre la masculinidad hegemónica, la violencia y el consumo de alcohol en hombres de una universidad pública en México que provenían de medios socioeconómicos desfavorecidos, hallando que la socialización masculina desde la adolescencia va demandando conductas de riesgo como pelear frente a otros, no expresar dolor físico ni emocional, no cuidarse a la hora de tener relaciones sexuales y consumir drogas –entre ellas el más popular el alcohol–. Esto aún se reproduce y demanda en los espacios universitarios donde las pruebas de valor reforzarían la masculinidad frente a sus pares y así no serían asociados a la homosexualidad. Además, el consumo de alcohol en estos adolescentes se asociaba a dos ideas: la primera relacionada a que un verdadero hombre se emborracha y, la segunda, relacionada a expresar emociones, hablar sin temor a ser feminizados y evadir la frustración. Estos hallazgos coinciden con algunos datos de la investigación de Duarte, Gómez y Carrillo (2010) quienes encontraron que universitarios mexicanos del estado de Yucatán –de un nivel socioeconómico medio–, se ven en la necesidad de tomar riesgos en su juventud para “hacerse hombres”, apareciendo el consumo de alcohol como un medio de expresión emocional que conlleva al ejercicio de violencia y se justifica por experiencias de maltrato a temprana edad. Entre otros hallazgos señalan que las creencias

de hombres y mujeres respecto a la masculinidad sostiene y naturaliza el ejercicio de violencia de los hombres al considerarla natural e incontrolable. Por ejemplo, el ejercicio de violencia estaba asociado a la imposición de respeto, autoridad y control que era considerado como parte de la naturaleza e identidad de los varones. Es decir, que dicho ejercicio de violencia fue considerado legítimo y deseable al tener connotaciones disciplinarias que ayudarían a mejorar el comportamiento social de las personas.

Esto es interesante porque Martínez (2013), Meschi (2018) y De Keijzer y Olarte (2018), también realizaron investigaciones con adolescentes universitarios de clase media del estado de México y Chile dónde encontraron que existe una asimilación muy fuerte a los mandatos de la masculinidad hegemónica que los lleva a tener una serie de creencias erradas sobre las emociones tales como: asociar la expresión afectiva a la homosexualidad, asociar la represión emocional como característica varonil y asociar la expresión de emociones solo al ámbito privado. Al mismo tiempo, encuentran que la emoción que más relatan estos adolescentes es la vergüenza como una experiencia imperante y disciplinaria que los lleva a evitar a toda costa su campo emocional por temor a ser percibidos como vulnerables, pues el ser expresivo atentaría la imagen de dureza masculina (Bonino, 2000).

1.3.1. Sobre los programas reeducativos en Latinoamérica

A propósito de los programas reeducativos en Latinoamérica, en estos últimos años hay una producción emergente sobre el funcionamiento y la efectividad de estos en el trabajo reeducativo con hombres. Sin embargo, la producción aún en deuda tiene que ver con recoger los testimonios de los varones sobre su ejercicio de violencia, el cual se recogerá en el presente apartado. Es decir, evaluar los cambios de estos procesos reeducativos no desde la mirada efectiva institucional, sino de la experiencia propia de los varones respecto a sus procesos de cambio.

En esa línea, Álvarez, Hermosilla y Chenevard (2015), indagaron los constructos personales en hombres que han ejercido violencia participantes de un programa reeducativo en Chile donde llamó la atención la inexistencia de una red de significados que ayudará a percibir los efectos y consecuencia de la violencia que ejercían. A su vez, los participantes manifestaron una alta satisfacción personal que impedía poder problematizar su ejercicio de violencia, el cual se apoyaba de un desconocimiento total

de las emociones que podían sentir ellos y los otros. En primera instancia, la imposibilidad de expresar y comunicar sus emociones parece no ser percibido como importante y el sistema de creencias respecto a su masculinidad promovía expectativas sobre el comportamiento de sus parejas, ante quienes esperaban una serie de servicios en las labores domésticas que al no ser cumplidos ejercían violencia. Esto lleva a plantear a los autores la importancia de generar una nueva red de significados sobre la masculinidad y la violencia que pueda ser una base desde la cual se pueda reconocer las emociones.

Por otro lado, respecto a los programas reeducativos y su incidencia en el cambio, De Keijzer (2010) encontró que los usuarios de un programa reeducativo en México habían sido socializados toda su vida en ámbitos violentos, desde la familia, el lugar donde crecieron, los amigos, etc., que los llevó a naturalizar la violencia como una forma de expresión válida de sus emociones. También, halló que los hombres tenían una limitada empatía hacia sus parejas al no ser capaces de manejar y reconocer sus emociones, encontrando en la rabia el único medio de expresión emocional que los llevaba a ejercer violencia. Asimismo, encontró que el programa les permite pensar el estigma asociado al mundo emocional masculino que ayuda a reconocer su corporalidad, sus emociones y abandonar creencias que se encontraban detrás de su ejercicio de violencia. De esta manera, el programa resultó ser un espacio de autoconocimiento, abandono de violencia y de aprendizaje para expresar sus emociones.

Por su parte, Ocampo (2019) encontró que los varones que asisten a un programa reeducativo en México consideraban que la violencia era una forma legítima para expresarse emocionalmente y que uno de los motivos por el cual ejercían violencia se debía a que sus expectativas respecto a lo que debía hacer una mujer en una relación de pareja no eran cumplidas. Igualmente, encontró que estos varones señalan que los códigos machistas a los que estuvieron expuestos provinieron de la vía familiar, principalmente de la figura paterna, que fue referente de su masculinidad: autoritario, violento y poco afectivo y comunicativo. Sobre el proceso reeducativo de estos varones se encontró que, a partir de la psicoeducación centrada en la construcción de la masculinidad, logran cambiar sus actitudes y comportamientos mostrando un discurso renovado sobre lo que es ser un hombre: más humano, más expresivo con sus emociones y más respetuoso con su pareja. Sin embargo, si bien este aprendizaje les permite abandonar su ejercicio de violencia, relacionarse mejor con sus parejas y mejorar su comunicación, una dificultad que encuentran estos varones está relacionada al ámbito social donde muchas veces frente

a otros hombres no se permiten emitir este nuevo discurso y menos ser expresivos por temor a ser feminizados.

También, Lucas y Martínez (2017) trabajo con un grupo de hombres que asistían voluntariamente a un programa reeducativo en México donde el principal motivo de participación fue abandonar el ejercicio de violencia hacía sus parejas. Es así que hallaron que estos varones mostraban dificultades para comunicar y expresar sus estados afectivos, debido a que el programa fue el primer espacio dónde encontraron para pensar sobre las emociones y la expresión de éstas, pudiendo vincular en sus historias las creencias que recibieron acerca de su mundo emocional donde el principal motivador para expresarse era la violencia. Esto los llevaba a considerar que la violencia era naturaleza masculina, pudiendo visibilizar una serie de violencias más allá de las físicas una vez que pudieron conectar con sus emociones. Justamente, el proceso de cambio inicia con el reconocimiento, la identificación, la validación y la expresión de emociones ejes fundamentales para abandonar el ejercicio de violencia, permitiendo el programa reeducativo la generación de una nueva red de significados acerca de sus masculinidades que les ayudó a reconocer emociones y encontrar nuevas formas de expresarlas. Esto se ve que tiene un impacto en la reducción de la violencia física. Por último, los autores encontraron que el alcohol se presentaba como un medio para expresar emociones, pero era un medio no consciente debido a que ello también los llevaba a ejercer violencia.

A propósito, en nuestro contexto peruano resalta la investigación de Hurtado (2009) quién encontró que hay una serie de creencias machistas que moviliza a los hombres de Lima metropolitana, de clase socioeconómica baja y media, a ejercer violencia y reproducir conductas de riesgo cuando ven amenazada su autoridad y su honor, aunque eso implique que salgan heridos. También, halló que una de las razones que lleva a los hombres a abandonar su proceso de cambio es el costo emocional que ello implica, además que reaprender a identificarse con otros modelos y roles de masculinidad es difícil al ser contradictorio con aquel modelo valorado en sus contextos lo que los hace abandonar por temor a no ser aceptados en los espacios donde socializan.

Asimismo, Rodríguez (2014) realizó una investigación de corte cualitativo con hombres que ejercieron violencia y que por voluntad propia asisten a un programa reeducativo para agresores, implementado por la Municipalidad Metropolitana de Lima, el propósito de su estudio fue explorar las experiencias emocionales en sus procesos de

cambio. En primer lugar, encontró que el ejercicio de violencia de estos varones fue aprendido al ver a su figura paterna y otros hombres ejercer control y autoridad sobre la pareja. Esto llevó a naturalizar que aquello era la manera más adecuada de expresar emociones como la frustración, la ira y la tristeza. En segundo lugar, el proceso de cambio y el abandono del ejercicio de violencia en hombres peruanos tiene un eje fundamental en el reconocimiento y reflexión sobre sus emociones, el cual permite construir nuevas creencias, nuevas formas de expresar emociones y una mejor salud mental en los varones. Esto debido a que durante su proceso experimentaban emociones que no estaban habituados a sentir y menos aceptar que eran parte de sí mismos, lo cual interpelaba su masculinidad –miedo a perder privilegios y poder–. Así, el aceptar el ejercicio de violencia y las consecuencias sobre sus parejas e hijos, los llevó a reconocer y reflexionar sobre aquellas emociones que antes se negaban a aceptar y que se encontraban relacionadas en sus hechos de violencia. Esto permitió que pudiesen avanzar y aceptarse como hombres que también tienen debilidades, son sensibles, vulnerables y capaces de sentir dolor –resignificando y entablando relaciones desde la igualdad, los afectos y la intimidad con sus parejas e hijos/as–. En tercer lugar, el proceso de cambio remueve situaciones infantiles muy intensas que llevan a que éste sea percibido como difícil y doloroso; donde la pareja asume un rol muy importante en el proceso al igual que los compañeros y facilitadores del programa que ayudan a que el cambio pueda sostenerse. En cuarto lugar, que el proceso de cambio es continuo en el tiempo, no es percibido como algo concluido sino como algo que aún sigue en proceso de reflexión que los lleva a cuestionarse y, en algunos momentos, aún decaer en el ejercicio de violencia psicológica.

CAPÍTULO II: OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

Para plantear nuestros objetivos, partimos de la siguiente pregunta que guía esta investigación: ¿Cómo son las creencias sobre la expresión de emociones en hombres que han ejercido violencia, participantes de un programa reeducativo en Lima?

A partir de ello planteamos los siguientes objetivos:

2.1 Objetivo general:

- Comprender las creencias sobre la expresión de emociones en hombres que han ejercido violencia, participantes de un programa reeducativo en Lima.

2.2 Objetivos específicos:

- Historizar las creencias sobre la expresión de emociones en hombres que han ejercido violencia, participantes de un programa reeducativo
- Identificar las creencias pasadas sobre la expresión de emociones asociadas al ejercicio de violencia en hombres que han ejercido violencia, participantes de un programa reeducativo.
- Identificar las creencias actuales sobre la expresión de emociones en hombres que han ejercido violencia, participantes de un programa reeducativo.

2.3 Metodología

Para el presente estudio se empleará una metodología de investigación cualitativa con un posicionamiento interpretativo con el fin de describir, interpretar y comprender de manera profunda las creencias sobre la expresión de emociones en hombres que han ejercido violencia desde la perspectiva subjetiva de los participantes involucrados

(Rodríguez, Gil y García, 1999). En esa línea, se hará uso de un diseño metodológico hermenéutico por su carácter interpretativo comprensivo –desde la visión Gadameriana–, pues destaca que el sujeto está inmerso en una realidad a la que le da sentido a través de un proceso de interpretación individual (característica natural del ser humano), por lo que es importante entender y tener en cuenta el contexto, la temporalidad y la historicidad del sujeto a la hora de interpretar su discurso (Bolaños, 2015; Pérez, Nieto y Santamaría, 2019). Por este motivo, el investigador a través de la observación, la escucha y el diálogo con el sujeto, podrá brindarle un significado a la experiencia histórica de los hombres que han ejercido violencia y que participan de un programa reeducativo en Lima.

2.3.1. Participantes

Los participantes seleccionados para esta investigación son un grupo de varones integrantes de un programa reeducativo el cual está dirigido a hombres que han ejercido violencia familiar o de pareja en el que se interviene a través de un modelo psicoeducativo bajo un modelo de intervención de Grupo de Ayuda Mutua (GAM), el cual se puede definir como un espacio dónde diversas personas que comparten una misma situación se reúnen para intentar mejorar o superarse a través del diálogo, la reflexión y el intercambio de experiencias (Ródenas, 1996).

En esa línea, la siguiente investigación se llevó a cabo con cinco varones participantes de un programa reeducativo ubicado en Lima – San Juan de Lurigancho. Las edades fluctúan entre los 29 y 54 años y pertenecen niveles socioeconómicos medio bajo y bajo (INEI, 2020).

El contacto con dicha población se dio por medio del muestreo de bola de nieve, pues a partir de un informante clave se identificaron los casos de interés y se seleccionó a los candidatos. Este muestreo resultó el más adecuado, ya que la población del presente estudio es un grupo específico y de difícil acceso. Para determinar la cantidad se hizo uso del criterio de saturación, que hace referencia al momento en que el material cualitativo deja de proporcionar nueva información (Rodríguez, et al 1999).

2.3.2. Criterios de selección

En relación con los criterios de inclusión se seleccionó a varones que hayan ejercido violencia conyugal o familiar, ya que el objetivo de la presente investigación es conocer las creencias sobre la expresión de emociones de hombres que han ejercido violencia. También, se consideró a aquellos que tuvieron un mínimo de 6 meses participando del programa reeducativo, pues a diferencia de otros participantes que han asistido con menor frecuencia, estos hombres han podido avanzar más en el reconocimiento de su ejercicio de violencia y de sus emociones. Finalmente, otro criterio de inclusión fue que los participantes tuvieran una edad mínima de 25 años y que hayan mantenido al menos una relación de pareja de mínimo un año o más, pues se considera que con ello se puede dar cuenta de una trayectoria de convivencia y experiencia respecto al ejercicio de violencia. A continuación, una breve descripción de cada participante:

Tabla 1. *Característica de los participantes*

	Edad	Motivo	GAM	Ocupación	Tiempo de relación
Participante 1	29	Denuncia expareja	8 meses	Universitario en curso	14 meses
Participante 2	40	Denuncia expareja	12 meses	Seguridad	3 años
Participante 3	54	Denuncia expareja	12 meses	Obrero construcción	+20 años
Participante 4	35	Denuncia pareja	10 meses	Carrera técnica en administración	Continua +8 años
Participante 5	47	Denuncia pareja	13 meses	Ingeniero de sistema	Continua +10 años

Nota: la tabla fue creada por Renato De La Cruz, por motivos de la presente tesis. La información presentada es la manifestada por los participantes

2.3.3. Instrumento de recolección de información

En la presente investigación se hizo uso de una entrevista semiestructurada por ser una técnica de investigación cualitativa cuyo objetivo es conocer cómo los participantes experimentan y perciben un fenómeno sin limitación y sin juicio del investigador a través de un diálogo abierto y profundo (Flick, 2012 y Rodríguez, Gil y García, 1999). Esto debido a que las preguntas funcionan como referencia y pueden reformularse o formularse nuevas preguntas – según el criterio del investigador–; con la

finalidad de captar las expresiones y descripciones del fenómeno que se desea conocer sin afectar la finalidad del estudio (Moreno, 2014 y Díaz, Martínez y Varela, 2013). Por este motivo, se consideró la más apropiada para aproximarnos a la subjetividad y recoger las creencias sobre la expresión de emociones en hombres que han ejercido violencia, participantes de un programa reeducativo en Lima.

Para alcanzar dicho propósito, el instrumento (ver anexo 1) se sometió a validación por medio de tres expertos curtidos en la investigación académica y con experiencia en el trabajo reeducativo con hombres que han ejercido violencia. Es decir, todos estuvieron familiarizados con la problemática trabajada en esta investigación, desde el tema de creencias, emociones, género, violencia y masculinidades. A partir de las sugerencias de los expertos, se reformularon y delimitaron preguntas con la finalidad de hacerlas más entendibles para los participantes.

Luego de la validación de expertos, se llevó a cabo una entrevista piloto y cinco entrevistas, eligiendo a participantes que cumplieron con todos los criterios de selección señalados en el presente documento (4.2). Es importante señalar que el consentimiento informado fue leído y dialogado con los participantes, siguiendo todos los cuidados éticos de la aplicación virtual. Estas entrevistas fueron transcritas y tuvieron una duración de 80 minutos aproximadamente, el cual estaba dentro del tiempo estimado que era entre 60 a 90 minutos.

2.3.4. Procedimiento

El procedimiento empezó contactando a los participantes del presente estudio, a través de un informante clave, para participar de la presente investigación. Una vez extendida la invitación, se contactó a los interesados mediante llamada telefónica para programar una entrevista. El día de la entrevista se realizó una lectura y, posterior a ello, un diálogo sobre el consentimiento informado con la finalidad de que quedara clara la participación voluntaria, la preservación del anonimato, las condiciones y el objetivo de la presente investigación (Rodríguez, Gil y García, 1999).

Las entrevistas se realizaron a través de videollamadas y por medio de la plataforma Zoom –un espacio virtual que permitió adecuarnos al contexto actual de pandemia mundial debido al COVID-19–. Al respecto, según Hanna y Mwale (2017) las entrevistas realizadas por plataformas virtuales como Skype, Zoom, FaceTime, entre otras, han sido denominadas voice-over-Internet protocol (VoIP), ya que permiten la

interacción por medio de audio y vídeo. Esto ofrece una alternativa para las entrevistas cualitativas al facilitar el anonimato, el costo, la flexibilidad, la eficiencia en tiempo y el contacto a través de la distancia.

Posteriormente a las entrevistas se realizaron las transcripciones para tener un material escrito que valide la investigación. Seguidamente, se elaboró un análisis de información a través del método de comparaciones constantes para identificar categorías y temas más importantes que permitió organizar la información recogida en las entrevistas (García, 2019). Los programas que se utilizaron para transcribir, ordenar y analizar la información fueron Microsoft Word 2015 y Microsoft Excel 2015.

Por otro lado, es importante señalar que la pandemia del COVID-19 implicó un reto para la presente investigación, la cual se vio limitada a la hora de poder coordinar y conversar con los participantes del presente estudio. Las entrevistas por momentos se enfrascaban en una dinámica lenta, debido a la conexión de internet que obligó en algunas oportunidades a reformular las preguntas y también a repetir el discurso que ya se había enunciado. Finalmente, resultó un aprendizaje valioso en función a la logística y los componentes éticos que se respetaron y ajustaron a este contexto virtual.

2.3.5. Aspectos éticos y criterios de calidad de la información

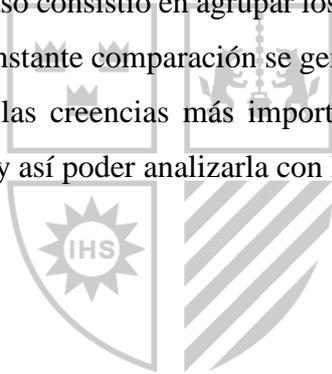
Esta investigación se realizó teniendo en cuenta consideraciones éticas, empezando por el Consentimiento Informado, para que los participantes conocieran sus derechos, los propósitos de la investigación y accedieran a participar voluntariamente. A su vez, se explicó a cada participante que la grabación de la entrevista sería eliminada posteriormente a su transcripción y que la información recogida tenía carácter confidencial y de uso estrictamente académico –de manera que no se divulgará la identidad del participante y se mantendrá el anonimato– (Rodríguez, Gil y García, 1999).

Por otro lado, se hizo uso de los siguientes criterios de calidad de la información: la transparencia, la cual consiste en explicitar los criterios de decisión metodológicos sostenido a lo largo de la presente tesis; la autenticidad, la cual consiste en el intento por parte del investigador de representar –de la manera más realista posible– las características de su población de estudio y el marco social en el que se encuentra (Gehrig, et al., 2014). La credibilidad, importante para demostrar a través de las transcripciones literales la coherencia y veracidad de los resultados del estudio; La confirmabilidad, la

cual refiere al contraste de resultados con fundamentos teóricos existentes, otras investigaciones y la revisión de investigadores externos (Rodríguez, Gil y García, 1999).

2.3.6. Análisis de la información

Se hizo uso del análisis de comparaciones constantes como método de análisis de información, pues siguiendo a García (2019), es un método muy utilizado en las investigaciones cualitativas que se define como una construcción de la teoría en comparación con los datos analizados buscando similitudes y diferencias, integrando en el análisis nuevas categorías que puedan surgir. Este análisis consiste en tres pasos, de los cuales solo se hizo uso de los dos primeros por nuestro diseño hermenéutico, ya que el tercer paso es exclusivo de la teoría fundamentada. El primer paso consistió en una codificación abierta mediante comparaciones de los resultados con las categorías. El segundo paso consistió en agrupar los códigos a través de una codificación axial donde al estar en constante comparación se generaron núcleos de nueva teorización. Esto permitió identificar las creencias más importantes de los participantes, elaborar una matriz de categorías y así poder analizarla con los conceptos teóricos de nuestra investigación.



UARM
Universidad
Antonio Ruiz
de Montoya

CAPÍTULO III: RESULTADOS Y DISCUSIÓN

A continuación, se presentarán los resultados obtenidos durante el recojo de información, los cuales serán descritos a partir de las siguientes tres dimensiones: a) creencias adquiridas en el proceso de socialización, b) creencias asociadas al ejercicio de violencia y, c) creencias sobre la expresión de sus emociones en la actualidad. Asimismo, cabe resaltar que las tres dimensiones encontradas responden a los objetivos planteados en la investigación y siguen un hilo conductor que permitirá en su posterior análisis poder discutir, interrelacionar y comprender el presente fenómeno con la basta información previamente expuesta en el marco teórico.

Antes de ello, es pertinente describir en líneas generales cual es el contexto histórico desde donde nuestros participantes nos brindan la información. Para empezar, estos varones comparten experiencias similares como: el haber culminado la primaria y secundaria completa –asistiendo a colegios públicos y religiosos–, con excepción de un participante (3) que solo tuvo primaria completa. También, de los 5 participantes, uno completo una carrera universitaria (5), otro una carrera técnica (4), otro aún en curso (1) y los otros dos participantes no continuaron con estudios superiores. Además, tres de los participantes han vivido toda su vida en Lima, mientras que dos vinieron a la capital al cumplir la mayoría de edad (2 y 3). Otro punto de concordancia es que asistieron al programa reeducativo obligados por la denuncia de sus parejas o ex parejas. Finalmente, es necesario señalar estos entretelones como: la presencia de escuelas religiosas, un contexto socioeconómico bajo (que llevo a todos a pasar por experiencia laborales antes de cumplir la mayoría de edad), y un hogar familiar donde la violencia era predominante (especialmente por parte de la figura masculina).

3.1 Creencias adquiridas en el proceso de socialización

En esta dimensión se buscó agrupar las creencias sobre la expresión de emociones que los participantes recuerdan haber aprendido a lo largo de su vida en sus espacios de

socialización y, al igual que Herrera (2019) y Hernandez, Lugo y De León (2011) se encontró que la experiencia emocional está atravesada por discursos de género que determinan la experiencia emocional masculina y que se van reforzando constantemente en la familia, en la escuela, con los amigos, etc. De esta manera, se pudo rastrear vivencias que marcaron la infancia de los participantes y que llegados a la adolescencia todos los esfuerzos se centraron en poder conquistar su masculinidad, implicando la negación de su mundo emocional como parte constitutiva de ser hombres.

3.1.1 Experiencia familiar

En primer lugar, los testimonios en su mayoría hacen referencia a la ira, la tristeza y el miedo como emociones predominantes durante la infancia, siendo el principal motivo de ello la violencia dentro del hogar. Es interesante porque cada detalle del relato de los participantes nos habla de una forma particular que tuvieron de entender y procesar sus experiencias emocionales, normalizando el uso de la violencia para expresar emociones y solucionar problemas. En especial los participantes estuvieron expuestos a la violencia que el padre ejercía sobre la madre, experiencia dolorosa que producía impotencia, frustración, etc., emociones intensas que ocultas se fueron normalizando dentro del hogar impidiendo la exploración de otras emociones.

la rabia, la frustración y mucho enojo, mucho enojo, en mi niñez tenía mucho ese enojo, más la tristeza y esa impotencia porque era como que no podía permitirme explorar todo eso de las emociones, porque yo crecí con un papá que no estaba eh y las pocas veces que lo veía en mi casa había problemas y violentaba a mi mamá (Participante 2, 40 años)

Pero me recuerdo mucho de esa frustración, tristeza, rabia así que sentía de niño, más que nada porque en mi casa cuando era niño todo era como que violencia, era la forma que veía que solucionaban problemas mis padres y más mis tíos (Participante 1, 29 años)

De esta manera, se puede apreciar cómo los participantes inscribieron su acercamiento al mundo emocional dentro de una dinámica familiar violenta donde la incertidumbre y la confusión –marcados por estos eventos dolorosos–, impedían tramitar y gestionar sus emociones predominando así el rencor, la frustración y la impotencia como sentires que fueron acompañando sus historias de vida. Estas emociones que varían en cada participante, parece orientarlos a un primer aprendizaje sobre sus emociones y sobre el uso de la violencia, pues aprenden viendo como el padre ejercía violencia hacia

su madre. Así, la familia como primera institución social, terminaría por reprimir el lado afectuoso y normalizaría una serie de castigos físicos como forma legítima de solucionar conflictos que en la infancia se terminaría aprendiendo (Castro y Posada, 2008). Justamente, la exposición a la violencia en la que crecieron estos varones fue marcando un primer acercamiento sobre cómo relacionarse frente a sus pares y cómo expresar sus emociones, teniendo como premisas la ausencia afectiva de los padres (Artaza, 2018), la violencia paterna y la agresión como medio para resolver conflictos, el cual dejaría una huella psíquica imborrable con efectos a nivel emocional y social.

Asimismo, la familia se muestra como un referente que tiene como dinámica el uso de la violencia para ejercer autoridad, donde la presencia de una figura primaria severa (abuelo, padre, madre, etc.) imponía miedo usando su poder a través de la fuerza para enseñar respeto ante algún acto de rebeldía o burla. Este ambiente familiar termina teniendo un peso importante al estar conformado por personas significativas referentes al proceso de socialización. Por ello, estos mecanismos y formas de ejercer violencia fueron interiorizados y aprendidos gradualmente durante la infancia de estos varones:

de niño eres manipulable y tú le crees a un adulto, aprendes que un hombre siempre tiene la razón, que es autoridad y eso veía en mi abuelo, que era la autoridad que si se burlan o él sentía que no lo respetaba se hacía respetar con golpes (Participante 3, 54 años)

cada vez que me pegaban no sabía qué hacer, me sentía mal, pero era como que no podía hacer nada porque la autoridad era la autoridad, me sentía impotente, humillado (...) luego entendí que la autoridad es alguien que impone miedo o que te puede tirar un golpe si te portas mal para que aprendas de respeto (Participante 5, 47 años)

una vez que me revele a mi papá, me saco la mierda como se dice, recuerdo que mientras me pegaba me decía para que aprendas a respetar a la autoridad de esta casa, me humillaba como se dice me bajaba el autoestima pe, con puro golpe entendí que así tenía que ser un hombre, con autoridad imponerse (...) (Participante 1, 29 años)

El ambiente familiar donde vivieron los participantes y la relación establecida con la madre, padre y otros familiares marcaría en ellos una imagen de autoridad que por medio de la violencia tendría como fin disciplinar y someter a los otros para obtener control. Esta imagen coincide con los testimonios recogidos por Salguero (2018) quién señala que la autoridad es aprendida como algo violento que, desde la infancia, lleva a los varones a construir una imagen de hombre frío que niega su campo emocional y que debe imponerse a la fuerza para conseguir el respeto de su entorno. Además, este aprendizaje termina por constituir la experiencia de estos participantes quienes van reconociendo

estos efectos en su experiencia de vida, usando en la adultez esta misma violencia para imponer respeto y control –características importantes para su identidad masculinidad– (Duarte, et al, 2010); asociando la negación del campo emocional y la distancia afectiva como características de la autoridad. Es decir, se produce una primera identificación con la figura masculina de quienes aprenden el significado de autoridad y de ser hombres. Esto es interesante, pues los testimonios recogen como el significado de ser hombre se va aprendiendo a través del sometimiento y se construye en base a la humillación, la vergüenza y la impotencia frente a una figura masculina como el padre o el abuelo que castiga, desvaloriza y destruye si no se cumplen ciertos parámetros de lo que sería ser hombre. Así, el efecto de esa autoridad sobre la autoestima parece instalar una masculinidad frágil que tiene como principal experiencia la inseguridad y la humillación que se interioriza y se naturaliza en ellos.

Por otro lado, se puede denotar la connotación educativa que tiene el uso de la violencia, no solo como una cuestión legítima de su uso para imponer autoridad, sino como fuente de enseñanza, aprendizaje y obediencia que se va normalizando bajo el discurso de la preocupación y la demostración afectiva:

En un momento recuerdo que le pregunte a mi mamá que porque me pegaba si yo no tenía la culpa, me decía que era así a veces tenía que tratarme de esa forma para aprender y obedecerla, y como te digo todo era violencia ya en un momento eso se hizo normal que me peguen, decía que voy a hacer si soy desobediente y así tengo que aprender, o como nunca recibía cariño decía seguro así muestra su cariño o preocupación mi mamá ¿no?, me decía (Participante 3, 54 años)

creo que a todos nos pegaban, porque esa era la forma de educar antes y eso era la única forma de educación, a través de la violencia, te pegaban, era si te sacabas una mala nota te daban duro con la correa, si querían que aprendas algo o obedezcas con el sanmartín o con lo que había a la mano para que aprendas, porque me decía mi mamá que lo hacía porque me quería que esa era su forma de decirme que me quiere aunque no parecía yo ya me la creía (Participante 2, 40 años)

Se observa en la respuesta de los participantes una normalización de la violencia que se fue dando de manera paulatina al estar expuestos durante gran parte de su infancia a la violencia vivenciada en su hogar, ante la cual se fueron desensibilizando y aprendieron que la violencia era un medio efectivo –además el único en sus contextos familiares– para resolver conflictos. Así, la experiencia de desensibilización del participante número 3, es anulada por la madre quién ante su confusión le hace creer que el castigo es una forma legítima de criarlo y educarlo. Esto nos lleva a pensar en los modos

de crianza que se pueden vislumbrar en ambos testimonios, pues es el lugar a dónde la experiencia de masculinidad se remite para comprender, validar y dar sentido a las acciones que un sujeto realiza. Es en la crianza donde se asume la violencia como fuente de disciplina y educación (Riquelme et al, 2019 y Ramírez et al, 2017). Al mismo tiempo, es curioso observar mecanismos de disociación dentro de la crianza de estos varones donde van incorporando la creencia de que la violencia tiene un aspecto afectivo relacionado a la preocupación y bienestar del otro, que los lleva a percibir que la violencia recibida por sus padres era una forma de demostrar afecto. De esta manera, la violencia se fue volviendo una forma de crianza, la cual ligada al afecto permitió una manera de lidiar con la incomprensión de las agresiones de las figuras primarias, siendo a la larga un caldo de cultivo que llevó a los participantes a integrar esta creencia de la violencia como forma de expresar afecto, cariño o preocupación. En esa línea, los testimonios también recogen los enunciados culturales y sociales de la época en la que fueron creciendo, dónde la creencia compartida era que existía una violencia legítima y deseable si tiene connotaciones disciplinarias (Duarte et al, 2010). Esto recuerda los hallazgos de Riquelme et al (2019) en el que aún los padres de estratos socioeconómico medio en Chile consideran la violencia una forma de educar y mejorar el comportamiento.

Por otro lado, otro aprendizaje suscitado en la infancia es la referente a la expresión de llanto como algo prohibido para los hombres: “yo aprendí de mi padre que no debía llorar, era algo que siempre me decía cuando me pegaba, que sea hombre y no llore” (participante 5, 47 años). También, la familia va instaurando diferencias sobre la expresión emocional masculina y femenina, asociando el llanto a características femeninas: “mi mamá, mis hermanos, mis tíos, todos me decían que solo las niñas podían llorar porque eran mujeres y que los hombres no, porque se veía mal que un hombre sea débil, que tenía que reprimir ese lado mejor” (participante 2, 40 años).

Se observa en los testimonios de los participantes como su experiencia emocional estuvo diferenciada en función del género (Castañeda, 2007 y Torres, 2018), siendo alentados a desvalorizar y reprimir en el seno familiar aquellas expresiones relacionadas al llanto, la tristeza, etc., por tener connotaciones femeninas. Esto recuerda lo que Lamas (1999) expresa al señalar que la familia funcionaria como un filtro cultural que por medio de la crianza hace llegar determinados mandatos sobre lo que es ser hombre, siendo una fuente de interpretación de los mandatos de la época que en los testimonios hacen pensar en cómo el llanto masculino se preserva como estigma, relacionándolo a la debilidad y femineidad que tendería a anular el estatus masculino (Bermejo y Hernández, 2017). Así,

estos varones fueron inducidos a reprimir su afectividad y dolor –a pesar de los golpes–, ligando a su vivencia la creencia de que solo las mujeres podrían mostrarse débiles y emocionales. Es así como a la larga tendría repercusiones, dejando una herida profunda sin atender, que iría configurando su socialización y su identidad masculina ocultando el mundo emocional para sobrevivir y ser aceptados por su medio. De esta forma, serían inducidos al contexto cultural en el cual las demandas se centraron en responder a aquellas expectativas esperadas por un hombre donde las presiones familiares y sociales marcarían la forma adecuada de sentir y expresar emociones.

En ese sentido, la dinámica familiar terminaría configurando y legitimando el uso de la violencia como una vía para expresar emociones, donde la tristeza, el miedo y otras emociones, al no poder ser expresadas, emergían bajo la rabia o la cólera. Es decir, la forma en que los participantes identifican haber aprendido a descargar sus emociones es a través de su manifestación violenta:

aprendí en mi infancia viendo a mi familia, en especial a mi papá, que tenía que expresar mis emociones con violencia, que cuando me sentía así mal en esos momentos con miedo, tristeza y todas esas emociones, tenía que expresarlas pero a través de la rabia, la colera y creía que era normal expresarme agresivamente frente a otros y así, descargaba como que mi malestar, mi tristeza, todo lo que sentía peleándome o actuando con violencia como un hombre, como mi papá (Participante 1, 29 años)

Al respecto, estas experiencias tienen un impacto en el desarrollo y la complejidad de la dinámica afectiva y emocional de estos varones, quienes impactados por la violencia de parte de sus padres (junto a la serie de demandas por demostrar su hombría en el seno familiar), terminaban reproduciendo inconscientemente la misma vivencia de sus hogares en otros espacios. Esto debido a un proceso identificatorio entre hijo–padre que está mediado por la violencia, sumado a que sus discursos se encuentran marcados por la inexistencia de un modelo diferente –tanto fuera como dentro del hogar–, que les permitiera reconocer o expresar afecto, ausencia que los llevaría a identificarse en su mayoría con la figura paterna como el modelo adecuado de ser hombre. De esta forma, el aprendizaje que estos varones tuvieron acerca de cómo expresar sus emociones fue usando la violencia frente a sus pares, lo cual coincide con las investigaciones de Hernández y Garbus (2017) y Axt et al (2017) donde señalan que los niños expuestos a constantes actos de violencia presentan baja tolerancia a la frustración ante problemas cotidianos que resuelven a través del uso de la violencia, al igual que sus padres.

Igualmente, los testimonios reflejan como durante la infancia se terminan por constituir roles de género en el que los hombres son alentados a expresar emociones relacionadas a la ira, la rabia, como parte de su socialización masculina que terminaría por transformar otras emociones como la tristeza, el miedo, etc., en aquellas admitidas socialmente (Castañeda, 2007) que los llevaría a expresarse –en la mayoría de casos– de forma agresiva, presentando como posible consecuencia problemas de conducta en la escuela.

En esa misma línea, hasta el momento podemos percibir cómo el mundo emocional de los participantes está permeado por figuras masculinas que mantienen al margen las emociones como si fueran algo oculto o algo incómodo a la hora de hablar. De esta forma, estas figuras son centrales en el desarrollo y transición de la infancia a la adolescencia de los participantes, en el que una de las principales características de esta figura es la demostración afectiva muy limitada, reforzada bajo la creencia de que un hombre es frío, pero que bajo los efectos del alcohol podrían emerger todas aquellas emociones ocultas, contenidas:

recuerdo más cuando era niño que las emociones fue un tema complicado en mi familia en especial, mis tíos y mi padre son muy duros sobre eso, hasta ahora siento que el tema de las emociones, son como algo oculto o algo que molesta si se habla con los hombres de mi familia (Participante 1, 29 años)

mi papá era así también muy poco de expresar sus emociones y las pocas veces que me mostraba afecto, era en navidad, en su cumpleaños, así como en día festivos dónde lo veía borracho. Pero cuando estaba normal, no solía expresar muchos sus emociones y yo una vez le pregunte a mi mamá, porque papá era así un poco frio, distante así de nosotros y ella me respondió que así es un hombre, que así se debe comportar un hombre (Participante 1, 29 años)

Los testimonios expuestos dan cuenta de la dificultad familiar para evocar emociones de manera consciente, en especial los que atañen a la vivencia masculina que parece enfrentar el estigma y el silencio que emerge en situaciones donde el alcohol desinhibe aquello guardado secretamente. La exposición a estas vivencias no solo transmitió una serie de creencias, ideas y formas de solucionar problemas de manera consciente, sino marcó un aprendizaje inconsciente donde el crisol de información asimilado por los participantes fue guiando sus reacciones emocionales en diferentes situaciones, transformando aquello en formas de pensar y ser que no se cuestionaron. Esto con el tiempo habría impedido que puedan reconocer sus ejercicios de violencia, desligándose de la responsabilidad de sus actos, idea que será profundizada más adelante.

Otro aspecto que se desprende de los testimonios es la naturalización de una masculinidad violenta y desprovista de emociones, el cual habla de una lógica patriarcal que instituye creencias entre las personas que silenciosamente va formando la identidad masculina de los participantes, teniendo altas expectativas sobre lo que la familia trasmite directa e indirectamente sobre lo que esperaban de ellos como hombres (no llorar, ser frío, no expresar emociones, etc.), y que deben demostrar alcanzando estos mandatos para obtener aprobación de la madre, del padre, del abuelo, de la familia (Figueroa y Guillermo, 2016 y Torres, 2018). A su vez, socializados en un contexto de violencia que dificulta la experiencia emocional que no son satisfechas. Por ello, el alcohol parece haber sido un medio por el cual expresar afectos, pues estaría relacionado a un aprendizaje familiar donde el lado afectivo solo emergía bajo el efecto desinhibidor del alcohol (Casango et al, 2017).

Por último, se pudo observar cómo estos varones tuvieron un proceso de socialización en esta primera institución social llamada familia, en la que aprendieron formas de relacionarse frente a sus pares y a moldear sus expresiones emocionales bajo la constante violencia vivenciada. Este aprendizaje fue construyéndose bajo un valor y significado que los participantes fueron otorgando a su experiencia emocional, llevándolos a creer que la violencia era un medio para solucionar problemas. A continuación, veremos cómo estos aprendizajes se van instituyendo como referentes importantes en la construcción de la masculinidad de estos varones.

3.1.2. Masculinidad y emociones

En segundo lugar, encontramos en la adolescencia y en la adultez unas etapas en la que los participantes interaccionan en otros espacios de socialización y sus testimonios se encuentran marcados por los constantes esfuerzos por ser reconocidos socialmente como hombres. De este modo, encontramos en esta etapa que las creencias sobre el mundo emocional masculino comportan poca importancia y no hay reconocimiento emocional.

no solía reconocer yo mis emociones en ese momento, porque ni mi madre, ni mi papá, ni nadie en el colegio o los amigos decían que era importante eso pe, cuando eres chibolo, joven eso además no está bien visto y ya pe, tú te distraes y habré expresado alguna vez esas emociones peleando,

haciendo travesuras, con los amigos, te lo comento así porque en realidad yo aprendí como a no darle importancia (Participante 5, 47 años)

cuando eres adolescente uno prefiere distraerse y sí siento que reprimía bastante para olvidarme de mis emociones y no le daba como importancia, porque decía como mi papá que esas cosas no son importantes a no ser que fuera jerma pe, mejor que me concentre en los estudios es más productivo, porque un hombre es inteligente no emocional (Participante 1, 29 años)

En estos testimonios se vislumbran espacios sociales diferentes al de la familia como las instituciones educativas, el barrio, la comunidad, etc., que promovieron una serie de valores sociales que fueron marcando la experiencia de ser hombre y la manera de vincularse con sus emociones, donde el campo emocional fue censurado al ser percibido como dañino y negativo. Esto llevó a que la distracción y la represión funcionaran como mecanismos de control sobre las emociones, ubicando el campo masculino en la posición de conocimiento (Ovejas, 2020) y de la acción como elementos constitutivos de hacerse hombres. En esa línea, encontramos como estas creencias fueron reforzadas en la experiencia educativa al advertir la existencia de emociones propias para cada género, donde la manifestación de emociones –como llorar, decir te quiero, abrazar a alguien– atentaría contra la imagen masculina (Parrini, 2007). Esta idea particular sobre el mundo emocional y lo femenino sería un pilar influyente en la experiencia de inseguridad que los participantes desarrollaron sobre su propia identidad masculina, que los llevaría a realizar esfuerzos por ser reconocidos por su inteligencia, por su productividad y por el control de sus emociones, características que Fuller (2001) expone como particulares de los hombres peruanos quienes van construyendo estas expectativas a alcanzar durante la adolescencia y adultez, bajo la influencia de ser aprobados y aceptados por otros hombres quienes reafirmarían su posición. Así lo señalan los siguientes participantes al referirse a las emociones como un mundo a ignorar por temor a ser feminizados y ser expuestos a la crítica de los pares:

Y cuando sentía esas emociones, sentía que tenía que ignorarlo, siempre creí eso, que no debía sentir emociones de chicas, eso me llevo a nunca pensar en mis emociones, a reprimirlas en caso me afectaran o se tratase de emociones femeninas como dicen, como el amor, la tristeza, el miedo y más recuerdo un profesor en el colegio que decía que los hombres y las mujeres tienen sus propias emociones y que debíamos tener cuidado si veíamos expresar o si expresábamos así esas emociones, llorar, decir te quiero cosas así o abrazar a algún amigo, estar triste eso nos iba a volver maricón y eso no pe (Participante 2, 40 años)

En ese tiempo nos hablaban de la homosexualidad que era malo, que no era de Dios y siempre te pintaban esa imagen de que los homosexuales expresan mucho sus emociones o que son bien emotivos como las mujeres (Participante 5, 47 años)

Al respecto, es interesante notar en los testimonios de los participantes el temor a ser feminizados y apartados de la identidad masculina, como si el reconocimiento y la expresión emocional los ubicara en una posición de vulnerabilidad frente a otros hombres quienes podrían desacreditar su masculinidad; así interiorizaron un aprendizaje emocional construido por creencias machistas impuestas por una sociedad patriarcal. En esa línea, como señala Butler (2006) y Lagarde (1992) en una sociedad patriarcal la norma institucional reconoce un modelo hegemónico de masculinidad y valora a los sujetos que responden a ello y desvaloriza a aquellos que manifiestan un comportamiento en contra de la norma. En este caso, aquellos hombres que pueden abrazar, llorar o expresar sus emociones serían rechazados y denigrados por sus semejantes al escapar del modelo hegemónico de masculinidad que valoraría la imagen de fortaleza, éxito, razón y control, rechazando todo rasgo asociado a lo femenino. De esta manera, la masculinidad hegemónica prescribiría lo adecuado excluyendo de su campo –simbólica y empíricamente–, a todo aquel hombre asociado a prácticas femeninas que permitiría constituir una identidad masculinidad transformando a las mujeres y homosexuales en diferentes (Olavarría y Parrini, 2000, Peña, 2013 y Fuller, 2001). Es interesante, porque justamente Córdoba (2019), Fuller (2001) y Valdés y Olavarría (1997) comentan que la homofobia sería una actitud bajo la cual los hombres de Latinoamérica erigen su masculinidad. Es decir, la homosexualidad siempre será referida al campo femenino donde atributos como la sensibilidad, las emociones, la afectividad, etc., no son parte de la identidad de un hombre, por lo que todo rasgo de femenino en lo masculino es rechazado y en este rechazo se construye la masculinidad, se es más hombre cuanto menos femenino se sea.

Justamente, siguiendo los relatos de los participantes, el aprendizaje emocional masculino se iría construyendo en rechazo de lo femenino que produciría un limitado repertorio emocional al imponer un estricto control y al promover emociones asociadas a lo masculino como la ira o el enojo (Salguero, 2018). Esto llevaría a reprimir la expresión de emociones como la tristeza, el amor y el miedo que asimilarían bajo la creencia de que la expresión afectiva se encontraba íntimamente ligada a la homosexualidad, por lo que el control emocional se volvió una parte importante para constituirse como hombres

(Meschi, 2018). Esta vulnerabilidad ante los pares durante la adolescencia fue una experiencia que los llevó a asociar la expresión emocional a estereotipos femeninos (De Keijzer y Olarte, 2018) que de manera selectiva, promovida o vigilada por distintas instancias de socialización como la familia, el grupo de pares y la escuela fue reforzando diferencias de género que terminaron por restringir el campo emocional bajo la exigencia de negar y desconocer todo rasgo asociado a lo femenino y atribuir sólo lo racional como elemento masculino (Núñez, 2007 y Mardones y Navarro, 2017). Esta negación los llevaría a mantener una imagen de autosuficiencia bajo la creencia de la existencia de emociones masculinas y femeninas que nunca cuestionaron, asimilando la división de género en la que fueron construyendo ideas que abriría una brecha de inequidad entre hombres y mujeres.

A propósito de lo señalado, en el discurso de los participantes hallamos algunas emociones que fueron normalizadas a expresar por un hombre como el enojo o la rabia que no eran transmitidas de manera asertiva, sino de manera violenta como consecuencia de reprimir la frustración que sentían hasta el momento de su explosión. Además, el mundo emocional de los varones se encuentra marcado por la demostración de la hombría frente a los demás, donde el no tener miedo, no ser cobarde, no expresar emociones y ser valiente se muestran como imperativos fundamentales de la construcción de su masculinidad. Es decir, estos imperativos acerca de las emociones eran asumidos de manera inconsciente y afirmaban una masculinidad desde una posición autoritaria que avalaba expresiones de enojo e ira (acumulando otras expresiones como el dolor, amor, miedo y ansiedad).

el enojo, la rabia, primero renegar no te dicen nada, porque te ven y piensas, si tú ves a un hombre renegando, tu no lo molestas y es normal, o sea como si nada pe, pero aprendí sí a expresarme de esa manera, peor nunca aprendí a hacerlo de una forma asertiva o de forma más comunicativa, porque siempre que había esos momentos de mucha frustración, me aguantaba o lo reprimía como dicen, lo reprimes y acumulaba, acumulaba y si explotaba no era para nada asertivo, era como la única forma que podía, insultaba ya y explotaba siendo violento (Participante 5, 47 años)

me quedó esa creencia de lo que debe hacer un hombre, que aparte del tema de ignorar emociones, tenía mucho en mente que una forma para expresar, si se dice así no sé, tus emociones y lo que sentías era a través de la violencia todo golpe, es que uno cuando aprende no lo piensa, te dicen tienes que hacer y de tanto hacer, de tanto ver, ya no lo piensas, pero si recuerdo mucho lo de ser valiente y no tener miedo, creo que así nos educan como hombres, porque el tener miedo es como un sinónimo de debilidad y eso te enseñan desde niño que no está bien (Participante 1, 29 años)

con los amigos del barrio o en colegio, era no tener miedo para nada, tu tenías que demostrar que no eres cobarde, que no eres cabro como dicen y que no te corres, y yo al menos tenía como esa necesidad de demostrar que no me quedaba atrás si se puede decir, era más no tener miedo o no expresar emociones para nada, solo emociones más varoniles como la rabia, la colera, la ira, el ser valiente eso era más que nada y eso si lo recuerdo (Participante 4, 35 años)

Entonces había aprendido a no llorar, pero ahora más que a no llorar era a no quejarme, fui eso como que aprendiendo desde niño a comportarme como hombre, no importa si tenía que hacer cosas peligrosas como tirar piedra, pelearme, manejar borracho, cosas así y la verdad que sentía mucha vergüenza cuando estaba frente a los demás y yo tenía como que demostrar que nada me daba miedo o me dolía (Participante 1, 29 años)

De este modo, los participantes mencionan el uso de la violencia como recurso emocional frente a la expectativa y la presión de sus pares con quienes tomaban una serie de riesgos para mantener una imagen de rudeza, evitar la humillación y esconder el miedo. Así, es interesante percibir cómo la masculinidad parecería comportar procesos de regulación emocional que en la adolescencia consolidarían un aprendizaje, en el que las conductas de riesgo asociadas a la demostración de la virilidad mantenían la posición masculina evitando las burlas y la vergüenza. Este proceso de regulación emocional no solo provendría de los espacios sociales, sino que implementaría un proceso de autorregulación convirtiendo a los participantes en los principales agentes de su represión emocional (Ramírez, 2020), proceso subjetivo avasallante a nivel psíquico que haría que las emociones se expresen por otras vías de manera brusca o transformando toda experiencia emocional en enojo, rabia o cólera para ocultar y disminuir el miedo, la tristeza, etc. (Castañeda, 2007). Es decir, la acumulación de emociones encontraría en un complejo proceso de trasmutación –donde se transforma una emoción en otra socialmente más aceptada– (Ramírez, 2020), un recurso para transformar el miedo, la vergüenza y la tristeza en actos de coraje y valentía. Esto se evidencia en los testimonios de los participantes quienes, a través de un acto performativo, sustituían aquellas emociones consideradas femeninas y obtenían el reconocimiento social de sus pares (con quienes se mostraban tranquilos y seguros de sí mismos), cuando en el fondo sentían ansiedad, preocupación y vergüenza. Asimismo, se aprecia cómo este proceso implica un esfuerzo y un monto de energía alta para mantener una imagen masculina de fortaleza, valentía y respeto, que era omitido y asumido como normal afectando perjudicialmente su bienestar.

En ese sentido, los testimonios resaltan un modelo hegemónico masculino centrado en la valentía, el no pensamiento, la inexpressión emocional y el ejercicio de

violencia como expresión emocional normalizada, el cual es atribuido a un proceso de aprendizaje adquirido en sus procesos de socialización. Esto coincide con lo señalado por Polo (2011), al señalar que la imagen masculina de hombres peruanos de clase alta se ha construido bajo la imagen de seguridad, fortaleza e invulnerabilidad que se va fortaleciendo a lo largo de la socialización masculina donde se interioriza que un hombre debe ser heterosexual, no debe expresar afectos a otros varones y que no debe ser débil, sensible, ni tener miedo para mantener el respeto de sus pares. Es decir, no mostrar aquellas emociones que son incompatibles con la configuración masculina que niega el dolor y aparente control sobre sus estados emocionales. Curiosamente, Vázquez y Castro (2009), trabajaron con adolescentes que provenían de zonas socioeconómicamente baja y encontraron que los parámetros masculinos se hacen más reducidos y marcados por la demostración violenta que el contexto propio valora y demanda, a diferencia de un contexto más favorecido (Polo, 2011) donde la demanda sobre la masculinidad está más asociadas al control emocional y ciertas demostraciones de valentía que no necesariamente están relacionadas a la violencia. Esto nos lleva a pensar en las diferencias que van construyendo los varones de este estudio quienes su imagen masculina no solo se interioriza con una fuerte represión emocional, sino con violencia.

Por ello, en los testimonios antes presentados se puede observar cómo durante la adolescencia y la adultez se consolida un aprendizaje estigmatizado sobre aquellas expresiones que no guardan relación con la valentía, la fortaleza, la racionalidad y la competencia (Ruiz y Roqueñi, 2018), produciendo que muchos varones adolescentes y adultos adopten una serie de comportamientos riesgosos que los expondría al sufrimiento físico y al desgaste emocional (Vásquez y Castro, 2009), el cual actuaría como una armadura pesada que no podría ser expresada por temor al rechazo y por no haber aprendido como hacerlo, donde la autocensura emocional aprendida terminaría por encontrar en la violencia física una forma de liberar aquello acumulado. Es decir, la masculinidad hegemónica se encarnaría en cada hombre, siendo la violencia un rasgo característico a expresar para confirmar la virilidad (Fuller, 2001) ante las exigencias y mandatos reclamados por una sociedad peruano aún atravesado por la hegemonía cultural, que los lleva a exponerse ejerciendo su fuerza física, impedirse vivenciar su sensibilidad emocional y reprimir cualquier tipo de expresión emocional que haría que no pidan ayuda cuando la necesitan y descuiden su salud mental bajo la errónea creencia de que eso los haría más hombres (Ramírez, 2000; Meschi, 2018 y Lucas y Martínez, 2017).

Del mismo modo, hemos ido viendo como las expresiones emocionales evidenciarían la vulnerabilidad y feminidad consideradas como inapropiadas en los espacios sociales que compartían los participantes. No obstante, también reconocen la existencia de espacios admitidos socialmente en los que liberaban sus emociones sin ser rechazados por otros varones, esto se relacionan al sexo, el deporte y el consumo de bebidas alcohólicas. Así, lo señalan los participantes al reconocer la sexualidad como una actividad importante en la configuración de sus identidades masculinas, la cual permitía desfogar (más no sentir) algunas emociones relacionadas a la ansiedad, el estrés, el amor y la alegría, espacio íntimo/privado (De Keijzer y Olarte, 2018) donde se podían permitir expresar ciertas emociones:

siempre creía que el sexo era como tu forma de expresar tu alegría o desfogar tu ansiedad, tu estrés que puedes sentir en su momento, detrás de esa actividad era como mi forma de expresar esas emociones, y yo sí creo que eso lo aprendí con los amigos, con los patas que siempre se decía eso, o si te templabas era de frente si ya habías debutado o si tu flaca era virgen, siempre se burlaban de ti si no era virgen o si te enamorabas, asu no, así terribles éramos ah (Participante 4, 35 años)
crecí con esa creencia también como que una de las vías para expresar lo que sentía de alegría o de satisfacción o algo relacionado así al bienestar era a través del sexo, incluso el amor como tal, pensaba que solo se podía expresar con relaciones sexuales (Participante 2, 40 años)

Al respecto, es interesante como la relación de estos varones con sus primeras experiencias sexuales estuvieron marcadas por la presión social, viviendo el encuentro sin erotismo y sin afectividad que eran tomados más como una descarga de la tensión emocional, suprimiendo la dimensión afectiva con el fin de obtener reconocimiento social. Probablemente, el enamoramiento al ser asociado a un aspecto femenino era visto como contradictorio al armazón masculino que habían construido, por lo que la virginidad aparecería como algo a conquistar. Así, la sexualidad se convertiría en un instrumento que demostraría la virilidad y constituiría la hombría (Polo, 2011), por lo que su expresión libre –vivencia fundamental de la heterosexualidad– sería valorada, cosificando a las mujeres como objetos sexuales ante quienes poder satisfacer o descargar la acumulación emocional no expresada (Fuller, 2001). A partir de ello, podría rastrearse como los hombres limitan su experiencia sexual a la genitalidad, siendo característica principal la misoginia que impediría que puedan vivir el erotismo, el amor y tener dificultad para entablar vínculos más profundos. Esto impediría que puedan explorarse a sí mismos, centrando su actividad sexual como algo obligatorio y que llevaría a que no tengan

cuidado, tengan varias parejas sexuales, etc.; bajo la creencia de que así debe ser la práctica sexual masculina (Llumipanta, 2018; Kimmel, 1997). Además, la presión social que refieren los testimonios y que también señalan Fuller (2001) y De Keijzer (2010) haría que los hombres gocen del privilegio de no ser juzgados por su hipersexualización, pero también haría que estén bajo la exigencia de demostrar su sexualidad, interiorizando el juicio social –como la autorregulación emocional–, que limitaría que puedan gozar y expresar realmente sus emociones en el encuentro sexual.

Por otro lado, el beber alcohol se muestra como un espacio interesante que permitiría expresar las emociones sin miedo y vergüenza a ser juzgados por los pares, al ser un desinhibidor que facilita la afectividad, la comunicación de estados de ánimo, el llanto, la alegría, etc., que sin los efectos del alcohol no se permitirían expresar. Así, el consumo de alcohol parece constituir un pilar importante de la amistad masculina y sus efectos parece permitir que las emociones afloren dejando de lado la armadura hegemónica que cargan estos varones:

Y ahí como te digo creo que podía expresarme sin tener mucha vergüenza, porque ya todos borrachos tu tomado ya no hay esa inseguridad o ese miedo con los demás que te pueden decir algo, porque lo toman ya todo a la broma sin importancia de borrachos dicen esa frase, que esta así porque esta borracho y pasas piola (Participante 5, 47 años)
creo que desde chibolos uno quiere expresar su valentía, que no le tiene miedo a nada, y tomar un trago, tu ron, tu sangría, tomarte eso te daba como ese status de dejar de ser adolescente y ser un hombre adulto y en esos momentos si podías como ser sincero y si tenías problemas de familia, o te sentías triste por algo te permites un poco eso de sentirte así, pero de borracho (Participante 4, 35 años)

Al respecto, los testimonios hacen referencia a la naturaleza social a la que se asocia la práctica de beber: tener el estatus de hombre adulto y dejar de ser adolescente. Es decir, un verdadero hombre bebe alcohol y demuestra su valentía emborrachándose, por lo que reforzaría los ideales de la masculinidad hegemónica que, al igual que la sexualidad, funcionaria como parte de hacerse hombres y ser reconocidos como tales. Sin embargo, a la par permite abrir la coraza emocional que la masculinidad hegemónica reprime. Por ello, es interesante como el ánimo afectuoso que podría ser recién expresado encontraría justificación y no sería tomado en serio al ser manifestaciones contrarias a la virilidad, ofreciendo el alcohol una vía de canalización del reconocimiento y expresión de emociones que estos varones no habían aprendido. De este modo, el consumo de

alcohol en adolescentes y adultos se daría como un medio para expresar emociones como el enojo, la tristeza y la ira (Hernández y Garbus, 2017); así el alcohol no solamente estaría asociado al ejercicio de violencia (Duarte et al, 2010 y Axt et al, 2017).

Del mismo modo, al igual que Cabanillas (2020) y Delgado (2012), estos varones mencionan que el consumo de alcohol se dio como un medio para ser aceptados socialmente frente a otros pares y, al mismo tiempo, sirvió para manejar y expresar estados emocionales como la tristeza, ansiedad, ira, etc., sin sentir la presión social de ser feminizados por los otros. Además, en los testimonios expuestos el consumo de alcohol en gran cantidad parece cumplir la función de olvidar problemas familiares y desahogarse emocionalmente como vieron a sus figuras primarias durante sus infancias. A su vez, esto coincide con lo señalado por Vázquez y Castro (2009) al referir que la creencia subyacente al consumo de alcohol en adolescentes está relacionada a la idea hegemónica de que un verdadero hombre se emborracha y que bajo los efectos del alcohol pueden expresarse de manera sincera, comunicando lo que siente a sus pares que sobrios nunca manifestarían. Del mismo modo, Torres et al (2016), señalaba que los adolescentes provenientes de familias disfuncionales o de familias en las que hay violencia, el consumo de alcohol se da a edad temprana y tiene como motivo el poder aliviar angustias, frustraciones y temores.

3.2 Creencias asociadas al ejercicio de violencia

En esta dimensión se buscó agrupar algunas creencias asociadas al ejercicio de violencia de los participantes donde se pone en funcionamiento las experiencias de vida, las creencias respecto a la pareja y sobre todo un punto importante: el desconocimiento emocional que, como vimos en el apartado anterior, es parte constitutiva de la crianza de estos varones y lleva a operar como trasfondo importante del ejercicio de violencia.

3.2.1 Experiencia de pareja: La violencia normalizada

Hemos ido viendo como la socialización de los participantes estuvo marcada por la violencia que se manifestaba en diversos ámbitos que poco a poco fue normalizándose como parte de la identidad masculina. Esto se ve reflejado en la experiencia de pareja

donde los hombres asumen como parte de su naturaleza la violencia, sin empatizar y percibir que atentaban contra la integridad de sus parejas.

(...) cuando violentaba a mi pareja y ella me decía que estaba mal, yo decía, pero si yo he crecido así, si esto es así, un hombre es así y se expresa así; como que la violencia era parte de mí, de mi naturaleza, no me daba cuenta (Participante 3, 54 años)

Sumado a ello, la capacidad limitada para reconocer y comunicar sus emociones originaba situaciones de conflicto que no podían expresar, lo que generaba un cúmulo de afectos sin procesar que emergían en estados de tensión y estrés frente a sus familias. Esto los llevaba a tomar la decisión de violentar a sus parejas bajo la creencia de que las peleas, los golpes y los ataques eran parte inherente de la convivencia afectiva, creencia que les permitía minimizar y no asumir la responsabilidad de sus agresiones. En ese sentido, es curioso percibir como esta frustración que los participantes experimentaban los llevaba a usar mecanismos de culpabilización para atribuir a sus parejas la responsabilidad de la violencia ejercida (reforzando la idea de la violencia como naturaleza masculina y que las mujeres provocan el accionar violento del hombre). Al mismo tiempo, este mecanismo ponía en marcha una lógica bajo la cual los hombres esperaban una serie de exigencias y expectativas sobre sus parejas de quienes esperaban comprensión de la violencia que ejercían (bajo la creencia de que las mujeres son más emocionales, comprensivas y pasivas que deben servir a los hombres).

Llegaba a mi casa con toda esa tensión que había acumulado, y cuando me preguntaba mi pareja que me pasaba, me sentía incapaz de decirle lo que me pasaba y siempre había días en los que había aguantado tanto, que en un momento sentía que mi pareja me quería molestar y le pegaba, le decía tú tienes la culpa y esto, lo otro y un poco con los amigos se movían esas ideas también que a veces violentaban a su pareja para poner orden, que no es malo, que en todas parejas hay un poco de violencia (...) [Incluso decía] que las mujeres son más emocionales y que por serlo tenía que entenderme, comprender que mis acciones y reacciones era algo que no quería hacer, que ella tenía como parte de la culpa que yo reaccione así, todo eso para justificar mi violencia (Participante 2, 40 años)

siempre había ese lado mío, esa justificación, porque seguro no quería en ese momento reconocer mi violencia. Y cuando yo violentaba le decía a mi mujer: todas las parejas pasan por esto, tú me estas molestando y normal, así como tú a tu hijo, cuando no te obedece, le pegas, lo mismo tengo que hacer para que me entiendas. Entonces me era difícil decirle lo que sentía pe, y solo pensaba en eso que le decía a ella y seguro era también porque no podía como reconocer que yo era violento, me justificaba y me creía que eso era así (Participante 5, 47 años)

Decía yo, ella como mujer tenía que entenderme, que ellas como que te leen así son más emocionales, era que necesitaba o esperaba que ella me comprendiera, cuando yo no le decía que me pasaba o como me sentía y era así bruto para expresarme o decirle mis cosas era que yo esperaba, que sé yo, seguro como que esperaba que ella me viera y ya supiese que me pasa y creía que tenía como que ella saber eso, pero no, no pasaba y ya sabes lo que pasaba (Participante 1, 29 años)

A propósito, los testimonios señalan como la violencia era usada como instrumento para resolver conflictos de pareja que los llevaba a considerar que su impulso por violentar y no expresar emociones era algo propio de su condición masculina (Rodríguez, 2014), lo que generaba que acumularan aquellas experiencias emocionales inconsistentes y contradictorias con el modelo hegemónico de masculinidad –como la tristeza, el miedo y el dolor– (Pignatiello, 2014), que emergían bajo la sombra de la violencia ante la mínima amenaza o cuestionamiento a su autoridad masculina como una forma de cubrir aquellos entramados emocionales que no lograban comprender. Esto era puesto en juego a través de una dinámica en la que exigían una serie de servicios y demandas afectivas a sus parejas, las cuales al no ser satisfechas y cumplidas como ellos deseaban sentían el permiso de exigirlos mediante acciones violentas al ser percibidas como una afrenta a su autoridad masculina que debían recuperar (Ramírez, 2000). Lo anterior mencionado coincide con Medina et. al. (2015) quién encontró en varones que ejercen violencia una serie de expectativas sobre sus parejas de la cual esperaban que interprete, identifique y conozca sus mundos emocionales –percepción romántica otorgada a la pareja como aspecto obligatorio de su condición femenina–. Esto al verse contrastado por la realidad, ya que la pareja desconocía las vivencias y las preocupaciones de estos varones, hacía que ellos percibieran todo dialogo, preocupación y/o acercamiento como un cuestionamiento a su autoridad que junto al dolor que sienten en su campo emocional los llevaba a no sentirse comprendidos tomando acciones correctivas a través de agresiones físicas y psicológicas (Mardones y Navarro, 2017).

Junto a ello, la dificultad que sienten los hombres para comunicar sus estados afectivos estaría asociada al estigma que tienen para expresar abiertamente sus emociones, donde el temor a ver cuestionado su hombría los lleva a reprimir y a crecer con un repertorio emocional limitado que impulsaría a que tengan respuestas impulsivas en diversas situaciones, pues al ser incapaces de expresar y regular sus emociones usarían la violencia como medio para poder descargar aquello que callan (Lucas y Martínez, 2017 y Rodríguez y Toro, 2008). Así, esta violencia conyugal sería justificada como un hecho

natural y cotidiano de todas las parejas, pues el déficit en las habilidades de comunicación haría que estén inmersos en relaciones de pareja violentas creyendo que el miedo, la tristeza y el dolor deben ser reprimidos para no perder el amor y el respeto de la pareja.

De esta manera, como lo señala Olarte y De Keijzer (2016) los hombres creerían que es legítimo violentar a sus parejas si perciben que sus expectativas son insatisfechas, pues promovidos por aquella supuesta autoridad sobre las mujeres (proceso de aprendizaje inconsciente que fue normalizado por el entorno), haría creer a los hombres que las mujeres deben cumplir con aquellos roles, mandatos y espacios que establece el sistema de género. Así, estos privilegios otorgados a los hombres harían que, sumado a la socialización masculina que alienta la descarga agresiva, se use la violencia como recurso correctivo (Ocampo, 2019; Ramos, 2006 y Castañeda, 2007), imagen que los llevaría a depositar la culpa en sus parejas por esperarse de ellas que garanticen su seguridad y bienestar; instalándose una dinámica relacional donde la mujer creería que la violencia es merecida y que eximiría de responsabilidad al hombre (Aiquipa y Canción, 2020). Es decir, a través de aprendizajes sociales y culturales los hombres construyen una serie de privilegios bajo la creencia de que deben ser servidos por las mujeres – y en el caso particular de nuestros participantes–, estos servicios se encuentran ligados al mundo emocional afectivo. Esto último coincide con lo señalado por Rodríguez (2014) quien señala la existencia de dos hilos conductores en la manifestación de violencia en estos hombres, siendo la primera para mantener la imagen privilegiada de autoridad y la otra para cubrir los vacíos y necesidad emocionales aprendidos en las primeras etapas infantiles (donde prevalece la violencia como dinámica para expresar emociones).

Por otro lado, una de las emociones predominantes en el testimonio de estos varones es la referente a los celos incontrolables que los llevaba a accionar violentamente a través de forcejeos e insultos –paso previo para la violencia física que describen como una desconexión de su razón–, donde bajo la creencia de que los celos era una forma de mostrar afecto a su pareja desligaban su responsabilidad en el uso de la violencia. De esta manera, algo subyacente al discurso de los celos es la desconfianza y temor a la infidelidad de la pareja, repetición de un escenario infantil en el que el padre controla y percibe a la madre como un objeto:

Yo esto te digo ya porque eso en un momento me hacía pensar de mis parejas que también me eran infiel y me llenaba de celos, pero sucedió creo yo porque aprendí eso de mi papá, que quería controlar a mi mamá y me metía ideas a mi cabeza, que la mujer es tuya y las tratas como un objeto

que tienes que saber todo y sin darme cuenta también hacía lo mismo, diciendo que así es mi cariño (Participante 5, 47 años)

en esos momentos era como que no podía controlar mis celos y si estábamos en la universidad, ya la agarraba fuerte del brazo y la obligaba, yo expresaba mis celos así con insultos, con palabras era al inicio, ya después si era como que me desconectaba y la agredía, como que perdía la razón, pero yo creía que eso era porque es una forma como que demostrar mi amor ¿no?, sentir celos como indicador de que mira te quiero o te amo, tú me pones así (Participante 1, 29 años)

Es interesante percibir cómo los celos son una emoción que los participantes señalan haber experimentado frente a sus parejas, sintiéndose inseguros e identificándolo como un mecanismo de control que permitiría afirmar el poder y la autoridad frente a sus compañeras. En esa línea, en los testimonios se percibe la existencia de un razonamiento que justificaría su manifestación bajo la imagen de ser condición y expresión máxima de amor, considerándola como un aspecto necesario bajo el cual se proyecta el interés por sus parejas. Entra en esta reflexión un discurso social sobre los celos que se naturaliza al considerar que su expresión trasgresora es propia de las relaciones de pareja y que aparece cuando un varón está enamorado, así lo manifiesta Griego (2019), al señalar que muchos hombres consideran que los celos sería una demostración de amor y cariño a la pareja. Así, la dificultad para transparentar sus propios temores e inseguridades los haría conectar con la angustia de perder su estatus masculino, que los llevaría a encubrir su violencia y ocupar la vida emocional de sus parejas a través del control y la fuerza, considerando ello como la expresión ideal de amor (Hernández y Garbus, 2017). De esta manera, una característica resaltante en estos testimonios es la referente al desconocimiento de sí mismos al momento de ejercer violencia, un mecanismo que ha sido descrito como otra forma para desconocer e invisibilizar el accionar de estos varones (Puente, et al., 2016). Por otro lado, la figura paterna aparece como modelo del que se aprende a interiorizar los celos como control que es acompañado de una visión instrumental y objetualizada de la mujer (Medina et al., 2015) que se refuerza ante las inseguridades masculinas que darían cuenta de su fragilidad ante la posibilidad de ser traicionado, vulnerabilidad que haría gastar esfuerzos en reforzar su virilidad a través de la violencia (Fuller, 2001).

En esa línea, las narraciones nos muestran un panorama más amplio, pues otra creencia que opera como trasfondo al ejercicio de violencia de los participantes es la referente al poco conocimiento sobre las emociones –como la ansiedad y la tristeza– que los llevaba a ser incapaces de poder gestionarlas y los mantenía en un estado de alerta que iban acumulando hasta explotar. Justamente, la represión emocional instalada en la

infancia parece operar como trasfondo del acto violento, pues asociadas a lo desconocido y a lo negativo llevaba a que no se manifesten y se acumularan a nivel corporal donde los signos como la calentura, el estrés y los pensamientos persistentes terminaban por causar estados de frustración, cólera y enojo que ante cualquier evento detonador se convertía en violencia. De esta manera, este poco control de las emociones los llevaba a un estado en el que percibían a la pareja como incitadora y culpable de la agresión cometida – que llevaba a justificar las agresiones–, donde el hogar se presenta como el espacio que desata la violencia masculina permitiendo tranquilizar y descargar lo reprimido:

Yo creo que el no haber aprendido a gestionar bien mis emociones como la ansiedad, o también mi excitación, mi tristeza fue algo que me jugo una mala pasada, es que yo siempre estaba preparado para reaccionar a cualquier cosa, yo reaccionaba siempre que creía que me estaban atacando, claro que no es que ahora o en ese entonces tu venías me insultabas y yo te golpeaba de frente, sino que acumulaba y por no querer prestarle esa atención me irritaba, estaba de mal humor y explotaba (Participante 4, 35 años)

como yo no sabía lo que sentía en ese momento, decía ya tengo que reprimir porque debe ser malo si no lo conozco por lógica es así y ahí era eso que yo creía algo que no tenía que sentir o que era mejor como que reprimir tus emociones, pero no se va es como que tu cuerpo se pone caliente y yo empezaba a pensar a pensar y me terminaba como que estresando, andaba de mal humor, con ansiedad, mi cuerpo tenso y así frustrado con mucha colera empezaba a gritar, y acá te hablo más que nada en discusiones con mi pareja sentía que era eso que se asociaba luego a que yo ejerza violencia contra mi pareja (Participante 1, 29 años)

yo creía antes que reprimiendo se iban las emociones, pero en realidad nunca se van y yo en ese entonces, bueno llego un momento donde no podía controlar mis emociones, me descontrolaba y lo único que pensaba era en discutir, en pelear, que ella me provoque para pegarle, y eso era como que mi justificación, que ella me había provocado y claro, uno se la cree ¿no? Yo creía que ella era quién me provocaba entonces ya eso para mí me salvaba, ya luego de todo me sentía como un poco mal, pero me decía: ella tenía la culpa y le decía, como explicaba porque lo había hecho y esperaba que ella me pidiera perdón (Participante 2, 40 años)

cuando estaba en el trabajo y estaba molesto, triste o cualquier cosa, llegaba a mi casa y pum me desquitaba, como que esperaba, si yo decía o veía que la comida estaba fría me molestaba ya renegaba duro y si trataba como que calmarme no podía controlarme, recién cuando ya ejercía violencia, le pegaba a mi pareja ahí ya me tranquilizaba o ya sentía que había descargado todo lo que sentía (Participante 3, 54 años)

Una primera característica que resalta en los testimonios señalados es la dinámica en la que se ven inmersos estos varones, donde normalizan el ejercicio de su violencia

frente a sus parejas, pero en otros espacios en los que el poder es más simétrico no la ejercen, mostrándose inclusive amigables en el trabajo o con los amigos, siendo solo el ámbito familiar donde imponen su autoridad. Al respecto, Fuller (2001) señalaba la tendencia existente en un grupo de hombres de Lima quienes se muestran profundamente autoritarios en sus hogares y democráticos en espacios más sociales. Por otro lado, esta experiencia represiva mantendría a los varones contenidos y los llevaría a reaccionar ante la mínima señal percibida de amenaza, siendo el hogar el espacio ideal para violentar y mantener su figura masculina intacta (Bonino, 2000; De Keijzer, 2003 y Martínez, 2013). Esto debido a que percibirían a la mujer como inferior, posicionando su figura de autoridad como privilegiada que debe ser satisfecha y reconocida (Ramos, 2006). De esta manera, estos varones no serían capaces de percibir las necesidades de su hogar y malinterpretarían las intenciones de las mujeres, debido a la poca sensibilidad y empatía que han desarrollado para reconocer y manejar sus afectos que los haría minimizar su violencia proyectando la culpa a sus parejas (Ramos, 2006 y De Keijzer, 2010).

En esa línea, es curioso como una serie de creencias subyacen a la expresión violenta de las emociones donde el cuerpo parece ser el escenario ideal en el que se almacena y se encuentra una vía momentánea para retener toda la presión a la que se ven sometidos –por las exigencias sociales entorno a su comportamiento emocional– que estallarían cuando el cuerpo no puede aguantar más. Así, algo recurrente en los testimonios es como las emociones reprimidas pasan a canalizarse y provoca mal humor, tensión y ansiedad (Sánchez, 2017 y Blázquez y Moreno, 2008) que luego, en su necesidad de ser descargado, emergería y se manifestaría en violencia física y psicológica contra la pareja donde las emociones predominantes serían el enojo, la cólera y la ira – justo aquellas expresiones emocionales admitidas a expresar por un hombre–. Esto da cuenta de las dificultades para procesar afectos, temores e inseguridades en los varones (Salguero, 2018 y Castañeda, 2007) que ven como única salida la descarga de la pulsión hostil, no solo como afecto, sino también como solución inmediata de problemas, conflictos y resolver la tensión contenida –aunque ello solo funcionaría para descargar lo reprimido, más no para solucionar sus conflictos– (Córdoba, 2019).

Esto debido a que las emociones en su interacción constante no podrían ser olvidadas, por el contrario, activas y en movimiento emergerían bajo la máscara de otra emoción como la ira, el enojo, etc., al no poder ser capaces de identificar, reconocer y comprender aquello que pasa a nivel corporal y emocional (Castañeda, 2007). Sumado a ello, la falta de espacios recreativos en la socialización masculina y la falta de un

aprendizaje emocional para reconocer aquel mundo reprimido sería un plus para que estos hombres no puedan pensar y reconocer la violencia que ejercen, donde a nivel inconsciente, las emociones aún presentes, someterían el cuerpo. Así, lo mencionan los testimonios expuestos anteriormente y los siguientes que señalan cómo las diversas emociones sin nombre que iban sintiendo eran una dificultad al no saber darle un espacio, una importancia y un reconocimiento para expresarlo.

te expresas solo así, con insultos violencia y yo sí creo que eso se debe a que no hay espacios o no hay en ti como hombre esa importancia de reconocer que expresarte así está mal, porque de niño ves violencia, de adolescente también y naturalizas esa forma de expresarte o de ignorar tus emociones, hasta que todo tu cuerpo se llena, hasta que rompan tu límite y no puedes más, entonces sentía yo enojo, rabia, cólera o tristeza y reaccionaba gritando, insultando o golpeando, me expresaba así, todo se salía de control (Participante 5, 47 años)

Es así como el desconocimiento y la falta de educación emocional se vuelve un factor importante a considerar como prelude de la violencia física ejercida por los participantes (Gilardi, 2019), pues como menciona Vela (2014) y Meschi (2018) los varones son castrados emocionalmente a lo largo de toda su vida y esto se demuestra en la poca capacidad de gestionar sus emociones, ya que encuentran dificultades para reconocerlas. Esto operaría como trasfondo de la violencia masculina, junto a la represión emocional que tiene correlato con la experiencia corporal donde se depositaría y somatizaría los malestares ocasionados por la represión trayendo como consecuencia una serie de dificultades en el cuerpo como estrés y tensión constante que mantendría alerta y a la defensiva a los varones hasta su estallido en violencia física y psicológica (De Keijzer y Rodríguez, 2007 y Meschi, 2018).

A propósito, esta falta de espacios recreativos y saludables donde los hombres puedan gestionar sus cargas laborales y emocionales es algo poco investigado, pero muy importante en el discurso de los participantes, pues la ausencia de estos espacios contribuiría a la limitada y precaria forma de expresar sus emociones, como lo ha señalado brevemente Medina et. al. (2015). Esta experiencia tendría un impacto sobre ellos mismos, pues al ser educados para distanciarse de sus emociones se someten a una serie de rituales donde maltratar el cuerpo, escindir emociones y sufrir en silencio se vuelve una experiencia violenta en la que las lesiones a nivel corporal y a nivel psíquico (aquellos traumas emocionales no procesados), se vuelven parte de la identidad masculinidad volviéndolos propensos a ejercer violencia contra otros y contra sí mismos. Sumado a

ello, los pocos espacios existentes terminan siendo perjudiciales como la ingesta de alcohol excesiva que los llevaría a desinhibirse y ejercer violencia en vez de ayudar a procesar sus emociones. Por esta razón, en el discurso de los participantes se ve como la experiencia corporal es un aspecto fundamental que, al ser influido por la supresión emocional, actuaría como vehículo de la violencia (Artaza, 2018).

Por último, es interesante resaltar cómo a través de los testimonios de nuestros participantes la represión funcionaba como una castración emocional que imposibilita y priva a los hombres de la experiencia de vivirse como personas más humanas, sin poder expresar, dar y recibir afecto, conteniendo la energía emocional y mostrándola de forma abrupta, como lo descrito por Seidler (2003) es vivido como una contradicción entre el ejercicio de poder y el dolor de no poder resignificar aquellos entramados afectivos que todo ser humano encarna.

3.3 Creencias sobre la expresión emocional en la actualidad

En esta dimensión se buscó agrupar las creencias sobre la expresión de emociones que los participantes tienen en la actualidad, donde el programa reeducativo se muestra como un espacio muy importante para iniciar su proceso de cambio y reconocer su ejercicio de violencia antes normalizado. Asimismo, es interesante como los conocimientos adquiridos en relación con su masculinidad y emociones les permite redescubrir nuevos aspectos de sí mismo, mejorar su comunicación con la pareja y reconocer aquellas señales corporales que son tramitadas para abandonar su ejercicio de violencia. De esta manera, se presentan los retos, las dificultades y los nuevos aprendizajes sobre la expresión emocional que estos varones han ido adquiriendo para ir reflexionando y modificando sus creencias sobre su vivencia masculina y emocional.

3.3.1 Proceso de cambio

En primer lugar, el proceso de cambio es descrito como una experiencia difícil que lleva a los participantes a tener vivencias dolorosas y contradictorias con aquellas que habían interiorizado a lo largo de su proceso de socialización. Así, el reconocerse como hombres que han ejercido violencia es una experiencia dolorosa, ya que implica cuestionar la construcción de su imagen masculina y problematizar sus acciones que no

perciben como violencia. Esto los lleva a sentir que el aprendizaje transmitido por el programa es difícil de poner en práctica, ya que dicho conocimiento exige algo costoso que muchos hombres no estarían dispuestos a vivenciar y haría que renuncien al programa o que en ciertos momentos pensarán en abandonar:

reconocer mi ejercicio de violencia fue muy difícil al inicio, era como que yo decía no tengo ningún problema, yo estoy bien no estoy loco, y claro eso es como lo primero que uno aprende a reconocer ahí, el que has ejercido violencia y que eres un hombre así violento, y eso me costaba el decir sí soy violento, porque no me sentía así, porque toda mi vida como que me había acostumbrado, había crecido así y que te digan que está mal o que eres violento es duro ¿no? (Participante 1, 29 años)

en ese momento es difícil y cuesta mucho, no es que aprendes como decía el psicólogo no es que aprendes y ya has cambiado, porque te das cuenta cómo te cuesta hablar, por ejemplo, cuando estas molesto y frustrado, o avergonzado no es fácil, no es que sacas tu libro donde has apuntado y dices ya mira así ahora dicen que se debe a esto, ya ahora soy mejor persona, no para nada, es difícil y doloroso y creo que por eso muchos hombres van y un día van y nunca más aparecen, no te miento aparecían dos, tres caras nuevas, pero luego se iban y nunca regresaban, somos pocos los que nos quedamos, porque de verdad duele y había incluso días que no quería ir más (Participante 4, 35 años)

Asimismo, se denota como el cambio encuentra su punto de inflexión en el momento que estos hombres se ven enfrentados ante la pérdida de su familia a causa de su violencia, episodio descrito como algo triste que los lleva a empezar el cambio, a conocerse, a reflexionar sobre su masculinidad y a cuestionar las creencias con las que llegan, las cuales son opuestas a las que reciben en el programa:

es más difícil cambiar lo que crees, sobre todo lo que has visto y has aprendido, entonces si puedo decir que me fue difícil, pero yo te digo que lo perdí todo, ya no tenía mis hijos, mi mujer, nada, entonces eso me puso triste y en una vez que me cito el doctor, fue como que aprendí, me conocí y aprendí que los hombres nos hacen creer, porque es como la sociedad donde tu vives o ves que te dice que un hombre no expresa sus emociones o si las expresa las expresa de otra forma (Participante 3, 54 años)

A propósito, es importante señalar cómo el proceso de cambio en estos varones es un proceso de cuestionamiento constante que los obliga en primera instancia a hacerse responsables de sus acciones frente a sus parejas e hijos. Este proceso de reflexión les permite sensibilizarlos frente a la violencia que creían natural y que antes no podían

reconocer al estar desconectados de su experiencia emocional y de su intimidad por priorizar su imagen masculina aprendida a lo largo de la vida (Rodríguez, 2014). Así, el proceso de nuevo aprendizaje les exige poner en duda todas las creencias que tenían entorno a su identidad como varones y su rol en la sociedad que los conduce a conectarse con aquel terreno inexplorado, reprimido e ignorado de las emociones. De esta forma, el admitir que las emociones forman parte de sí mismos los lleva a abrir una dimensión sensible que es el experimentar aquellas emociones que nunca fueron alentados a sentir y aceptar como parte de su constitución masculina.

En ese sentido, es interesante cómo esta experiencia de reconocerse como hombres que ejercen violencia los engancha a experimentar e identificar una serie de emociones –más allá de la cólera, el enojo y la ira–, como la vergüenza, la soledad, el miedo, la tristeza y la confusión de verse a sí mismos vulnerables ante el temor de perder a su familia, ser juzgados por otros y ser abandonados por su pareja que los encamina por primera vez a romper el armazón emocional para pedir ayuda –primer paso que toman por las denuncias interpuestas por sus parejas y/o exparejas–. Esto denota la primera experiencia de conexión con aquel mundo emocional oculto que los lleva a reconocerse desde una mirada más humana, vulnerable y afectiva para aceptarse como seres humanos que también sienten culpa, dolor, miedo e inseguridades en su vida cotidiana. De esta forma, el mismo hecho de no haber experimentado tantas emociones juntas los lleva a percibir este proceso como doloroso, pues el reconocerlos y más aún aceptarlo implica asumir la responsabilidad sobre sus expresiones de violencia a los que sometieron a sus parejas. Al respecto, como señala Rodríguez (2014), el proceso de cambio termina siendo un camino doloroso porque implica no sólo la aceptación de la violencia que vienen ejerciendo, sino también el asumir las emociones que esta trae develando la fragilidad masculina que los constituye, por lo que muchas veces no todos están dispuestos a aceptar estas emociones y abandonan el proceso al preferir no mostrarse vulnerables emocionalmente. Esto los lleva a reconocer experiencias, vivencias y emociones que antes rechazaban por temor a ser expuestos, pero que ahora tienen que incorporar en sus prácticas cotidianas, asumiendo el costo emocional que ello implica (**otro**).

Justamente, este proceso requiere evocar emocionalmente aquellas historias de violencia, aquellas heridas infantiles y aquellos entramados emocionales que nunca habían sido procesados (mucho menos expresados), que los convierte en hombres vulnerables que deben admitir que sienten miedo, dolor, tristeza, amor, ternura, etc., Así, el camino les resulta difícil, pues como menciona Hurtado (2009) una de las razones por

la que los hombres abandonan el proceso reeducativo tiene que ver con lo costoso que es deshacerse de aquellos aprendizajes y privilegios que han obtenido a lo largo de su socialización, sumado al costo emocional y racional que implica el derrumbe de aquellos modelos interiorizados que deben cambiar para aprender a identificarse con otros roles y otras formas de pensar su masculinidad. Es decir, estos cambios serían contradictorios con el modelo hegemónico social que insta a estos hombres a muchas veces abandonar su proceso por temor al rechazo de su entorno y temor a ser expulsados por reconocer sus emociones más profundas. Por ello, este proceso tendría altas y bajas al ser un aprendizaje nuevo que se instala como el primer paso para abandonar el ejercicio de violencia que nunca es inmediato.

3.3.2 Nuevos aprendizajes sobre la expresión emocional

Por otro lado, el aprendizaje sobre la masculinidad junto con la comprensión de la propia historia de vida es un punto que los participantes señalan como clave en su proceso de cambio, pues la reflexión sobre cómo fueron interiorizando las creencias respecto a su masculinidad les permitió hacerse cargo de la violencia que ejercían, aprendiendo a expresar emociones como la ternura y el amor sin violentar a la pareja. Junto a ello la experiencia en el programa reeducativo ayuda a los participantes a reconocer las consecuencias de la violencia física y psicológica sobre su familia. También, las precarias relaciones sociales eran limitadas, dejando entrever las pocas redes de apoyo con las que contaban los participantes. Es así que estos cambios son percibidos dentro de las relaciones con sus familias y su entorno social:

gracias a que me di cuenta de mi masculinidad es que he podido reconocer todo esto que hoy te cuento, entender como fue mi infancia, mi adolescencia y como fui acumulando muchas cosas, que solo interiorizaba y actuaba, en ese momento hacerme cargo fue difícil pero ahora si veo para atrás puedo decir que ha valido la pena, porque expresar amor, expresar afecto, mi ternura, respetando a mi pareja y el recibir sobre todo, que antes cuando recibía afecto me sentía raro, porque cuando no recibes mucho cariño se te hace raro, pero sentir que mi familia me quiere que mi hijo confía en mí es lo más bonito que puedes sentir, el sentirte querido (Participante 5, 47 años)

me ayudó a reconocer que era violento o que estaba ejerciendo violencia, pero no solo violencia física, sino más violencia psicológica también y que todo eso afectaba a mi hijo y a mis relaciones con los demás, porque en ese tiempo me estaba quedando solo, no tenía con quién hablar sobre lo

que me pasaba, sobre la denuncia, mis relaciones eran bien pobres y más en el trabajo la pasaba mal (Participante 4, 35 años)

Justamente, el programa se muestra como una experiencia que ayuda también a identificar las emociones que antes desconocían y que los lleva a comprender su experiencia corporal dándole un nuevo significado. Esto los ayuda a poder expresar emociones como la tristeza a través del llanto, abrazar a los padres y comunicar su sentir, sin las creencias que deslegitimaban su mundo emocional, su masculinidad y alentaban el uso de la violencia:

aprendí ahí a expresar así de una manera mejor, porque conozco, identifico y digo mira sí pues, esto es lo que siento y yo creo que se debe más a eso que antes era como que no sabía ni lo que me pasaba por el cuerpo o porque me sentía raro, ahora al menos ya sé por qué y así siento que ya puedo conocerme y sé cuándo es tristeza y que está bien llorar o que está bien necesitar un abrazo a veces de tus padres o contarle a alguien, que expresar tus emociones está bien, que sigues siendo hombre igual (Participante 1, 29 años)

aprendía con las clases o talleres que daba el psicólogo, cuando me tocaba hacer los ejercicios para reconocer mi cuerpo y mis emociones, también o el ver como he ido construyendo mi masculinidad, son esas cosas que tu pasas por alto, pero que si tienen un sentido o mejor dicho como la sociedad te alienta a eso, para que tu creas que tratar así a una chica a una mujer es normal, para que el hombre este como en esa posición de poder de pedir que todos te deben dar por ser hombre, que tienes derecho a enojarte y violentar, o que es normal eso cuando tienes tu pareja (Participante 4, 35 años)

En los testimonios de los participantes vemos como hacen referencia a la comprensión de sus historias de vida y el reconocimiento de sus emociones como un factor importante en su proceso de cambio que los ayuda a ir aprendiendo sobre sí mismos, sus emociones y su expresión frente a los demás. Esto permite que puedan relacionarse de forma más empática, expresar emociones más abiertamente y recibir afecto, demostraciones que antes no se permitían por temor a perder su estatus masculino. De esta forma, el acto de conocer aquel mundo restringido los ayuda a poder identificarse con otros modelos, establecer vínculos afectivos más cercanos, valorando sus expresiones y las muestras de afecto que pueden recibir por parte de otra persona sin necesidad de recurrir a la violencia. Es interesante como se señala el cuestionamiento sobre las creencias obtenidas en su historia de vida, a través de una revisión profunda que los lleva a percatarse de la violencia física y psicológica que han cometido. Esto les permite

deslegitimar y desnaturalizar la violencia que han ejercido, aspecto que encontró Rodríguez (2014), señalando que estos aprendizajes los llevan a identificar las creencias, roles, etc., que tienen con relación a su masculinidad, aprendiendo a construir nuevas creencias sobre su expresión emocional donde la violencia es excluida y desmitificada como algo natural a expresar; lo cual ayuda a mejorar la calidad de sus vínculos interpersonales muy empobrecidos.

Además, los testimonios refieren como el conocimiento sobre las emociones permite validar e identificar también la experiencia corporal que viven, pues aprenden a reconocer las señales corporales y las emociones que podrían llevarlos a ejercer violencia. Al respecto, la intervención psicoeducativa en hombres que han ejercido violencia permite que puedan reconocer emociones que antes ignoraban, lo cual lleva a que su conocimiento les permita procesar de forma más adecuada su experiencia emocional que haría que aprendan también a comunicar y ser más asertivos con sus parejas, amigos e hijos/as (Salguero, 2018). En esa línea, De Keijzer (2010) menciona que los programas reeducativos permiten reflexionar sobre el estigma asociado al mundo emocional masculino, siendo muy importante el reconocimiento de nuevas emociones y sobre todo la experiencia corporal que tiene un significado profundo en los hombres, pues no solo almacena aquellas emociones reprimidas, sino también historias de violencia que son fijadas en el cuerpo. Así, el poder reconocer su cuerpo y emociones los llevaría a abandonar progresivamente sus creencias machistas donde desarrollarían mayor sensibilidad para reconocer afectos, malestares y mayor empatía con los demás. Al respecto, como Ocampo (2019) podemos encontrar que existe un discurso renovado que humaniza la experiencia masculina en el que se trasmite una imagen de hombre más humano, más expresivo con sus emociones y más respetuoso con su pareja.

Por otra parte, es importante señalar cómo estos nuevos aprendizajes son integrados poco a poco en sus historias de vida, donde el reconocer emociones parece tener un peso importante al permitir verbalizar sus estados afectivos, acceder a una comprensión más íntima de sí mismo y de las tensiones que marcan el cuerpo. También, se puede percibir como la comunicación es un aspecto que llegan a mejorar en su proceso reeducativo donde señalan ser más expresivos al sentir sus emociones, reconociendo que antes hacían uso de la violencia como un medio para castigar y que ahora no, donde la relación con la pareja y los hijos se ve fortalecida con mayor comunicación y con más confianza:

ahora trato de expresar mis emociones más seguidos, pero sobre todo es que he mejorado mi comunicación, el poder decir cómo me siento o te quiero, o me siento enojado trasmitirlo a mi pareja, o si me siento muy feliz decirle, eso siento que es bonito, que la otra persona comparta y ya no enojarme porque sentía que nadie me entendía, ya no uso la violencia, antes como era la violencia para castigar a mis hijos, ahora hablo, aunque hay días en que uno ya se les salen las palabras, pero ya no era como antes que no entendía y me descontrolaba (Participante 4, 35 años) aprendí a conocerme, a conocer sobre mi masculinidad, sobre mi violencia y sobre como expreso ahora, yo lo que creo es como la forma en que debí haber expresado toda mi vida mis emociones, ahora creo que expreso mis emociones de mejor manera, claro eso sí con los amigos como que me cuesta un poco, por como son y por cómo piensan ahí si no se puede (Participante 2, 40 años)

Estas ideas están fuertemente vinculadas al abandono del ejercicio de violencia por parte de los participantes quienes también resaltan la dificultad que encuentran por vivir plenamente esta experiencia afectiva al verse expuestos frente a sus pares en otros espacios de socialización como el trabajo o el grupo de amigos. Esta estigmatización parece ser un obstáculo para reproducir plenamente en otras esferas sociales lo aprendido en el programa reeducativo.

yo creo que he cambiado y reconozco mis emociones al menos, antes nada de nada, y yo creo que gracias a que aprendí sobre mi masculinidad, sobre mis emociones que puedo reconocer es que dejé de ejercer violencia y también a ser más sincero así alguien se pueda burlar, porque a veces con los amigos o en el trabajo es difícil por como ellos piensan, pero digo ya pues ya está eso es la vida (Participante 3, 54 años)

A propósito, los recursos que van adquiriendo al reconocer esta gama de emociones alimenta la verbalización y la comunicación afectiva con la familia, experiencia que no podían vivenciar con espontaneidad y que ahora parece darles una oportunidad para entablar vínculos diferentes con pareja, hijos/as y padres. Justamente, estos hombres consideran que es a partir de este conocimiento sobre su masculinidad y sus emociones que pudieron cambiar su forma de relacionarse y expresarse, lo cual nos lleva a señalar que el programa reeducativo termina siendo un espacio donde ellos pueden detener su ejercicio de violencia y resignificar sus historias de vida, como bien lo señala Álvarez et al (2015), los varones crecen creyendo que su violencia es normal, pero al ser reeducados para confrontar dichas creencias que perjudican su desarrollo como seres humanos, pueden crear una red de significados sobre su masculinidad que ayuda a que puedan reconocer emociones antes desconocidas, encontrando nuevas formas de

expresión que reducen sus conductas violentas hacía la pareja y hacía el entorno. De esta manera, esta nueva red de significados es la que orienta el cambio y permite establecer nuevas relaciones desde la igualdad, los afectos y la intimidad con sus parejas, hijos/as y otras personas.

En ese sentido, es importante señalar la experiencia de inseguridad hacia otros hombres que aún sigue vigente, pues los espacios de socialización compartidos parecen detener los esfuerzos y los avances que van teniendo los participantes. Esta imagen da cuenta de cómo las exigencias de los estándares aún siguen presentes en sus entornos, esperando de ellos un comportamiento particular por ser hombre, demandas de virilidad que aún se verían obligados a cumplir en el plano social. De esta manera, si bien esta nueva red de significados que estos hombres han ido adquiriendo los ayuda a ser más reflexivos y a incorporar en sus vivencias formas de gestionar sus malestares y su violencia; esto podría quedarse a un nivel privado al verse confrontados por otros hombres en el ámbito social donde el temor a ser feminizados, perder el estatus masculino y ser rechazado por sus pares, obligaría a que estos mantengan ocultas sus emociones y la nueva construcción de su masculinidad (Ocampo, 2019).

Justamente, esto nos lleva a pensar que el proceso de cambio y la incorporación de nuevos aprendizajes no es lineal, sino que el cambio sigue en construcción y reflexión que haría que haya recaídas en el ejercicio de violencia (sea psicológica o física), como también en las demostraciones de virilidad que anularían su vivencia emocional y afectiva frente a sus pares. Esto quizá motivado por la imposibilidad de un cambio completo que daría cuenta del sistema social patriarcal que haría difícil desprenderse de todos los privilegios que un hombre tiene en la sociedad. No obstante, el proceso que han ido adquiriendo los participantes les ha permitido validar sus experiencias afectivas, ser más comunicativos y abandonar la violencia física como primer paso. También, el asumir la responsabilidad de la violencia que han ejercido los lleva a pensar en las consecuencias que tiene sobre sus historias de vida, sobre sus parejas, sus hijos, identificando en la masculinidad que han ido construyendo un elemento a desaprender, el cual se vuelve un elemento de estímulo para seguir en el programa reeducativo.

CONCLUSIONES

- En general los hombres participantes de la presente tesis reconocen en sus testimonios que a lo largo de sus historias de vida fueron socializados en espacios donde la violencia funcionaba como un medio para expresar afectos, solucionar problemas y relacionarse con otras personas. Es decir, fueron educados para gestionar así sus emociones, manifestarlas de forma hostil y su analfabetismo emocional nos permite entender la restricción y el estigma que tenían sobre su campo emocional. Sin embargo, esto no justifica la violencia bajo la cual expresaban sus emociones y –si bien sus recursos y vías de expresión parecían limitadas– tomaban la elección de ejercer violencia frente a sus parejas. Entonces hablamos de una socialización que en primera instancia los fue moldeando, pero del que luego tomaron la elección activamente de ejercer violencia de manera física y psicológica hacia una determinada persona: las mujeres.
- La experiencia emocional de estos varones fue reprimida principalmente en el seno familiar en el que aprendieron a identificarse con modelos paternos que ejercían violencia como único medio de crianza. Esto los llevó a experimentar una serie de emociones vinculadas a la tristeza, el miedo y el dolor que fueron restringidas a expresar, asumiendo activamente el castigo físico como un modo de relacionarse con su entorno. Este modelo muy propio de hombres peruanos de clase socioeconómica baja, donde la masculinidad parece vivirse con violencia a diferencia de otros sectores socioeconómicos más alto. Estas dinámicas bajo las cuales se relacionaban activamente no eran cuestionadas, por el contrario, parecían ser cómodas y provechosas dentro de un sistema de género que sostenía un orden desigual, por lo que a pesar de que tuviesen la oportunidad de aprender a expresar mejor sus emociones, recurrían a expresarlas a través de la violencia. No olvidemos que en primera instancia los participantes de este programa reeducativo no acudieron voluntariamente, sino que fueron obligados a asistir, lo

que señala una actitud en principio poca cuestionadora sobre los privilegios y aprendizajes de su masculinidad. Esta no aceptación, se debe a la imposibilidad de aceptarse como menos hombres peruanos frente a otros. Así, muchas de sus primeras experiencias se relacionaban a la tendencia de negar o justificar su conducta violenta que a lo largo de sus procesos dentro del programa fueron cambiando hasta asimilar la responsabilidad de sus conductas violentas.

- Otro hallazgo interesante a señalar es que existe un fuerte vínculo entre las creencias de género y la expresión emocional: un hombre no llora; un hombre no siente miedo y expresa sus emociones a través de la fuerza física; las emociones son exclusivas del campo femenino y/o homosexual; etc. Fueron ideas que interiorizaron como mandatos a cumplir, construyendo sus masculinidades bajo creencias que impedían vivenciar la gama de emociones existentes en toda persona. Es interesante como estas creencias que feminizaban su masculinidad los llevaba a reafirmarse a través de muestras de virilidad y acciones temerarias que ponía en riesgo su salud física, emocional y mental (como peleas, agresiones, conductas de riesgo, etc.). Justamente, estas creencias se fueron construyendo en desmedro de las emociones y de la femineidad que eran sentidos como amenazas para su identidad masculina. Esto a su vez fue naturalizando la violencia como medio de expresión de afectos que tenía como función descargar emociones y obtener reconocimiento por parte de otros varones. Que no es casualidad que siga siendo la forma en que la masculinidad en Latinoamérica y en Perú se sigue construyendo, en especial en el sector socioeconómico más desfavorecido.
- Además, este proceso de socialización fue construyendo su masculinidad en referencia a estas creencias y mandatos referente a su campo emocional que los llevó a interiorizar temores e inseguridades de ser apartados del campo masculino y no ser reconocidos como hombres. Este proceso parece producir una dinámica de autorregulación emocional el cual es interiorizado a partir de una constante interacción con su medio social sea familia, escuela, comunidad, etc., que constantemente pide pruebas de virilidad y sanciona todo aquello relacionado a lo femenino como las emociones. Esta censura parece luego ser autoimpuesta convirtiendo a estos varones en agentes que sancionan y anulan todo sentimiento, emoción y/o expresión afectiva que puedan sentir. Esto los lleva a actuar activamente en sus relaciones interpersonales, reprimiendo sus propias emociones, hallando en el cuerpo un medio por el cual canalizaban sus

experiencias y sensaciones emocionales que no podían resolver. Este mecanismo es reconocido por estos varones como un paso previo a la violencia que ejercían frente a sus parejas, proceso bajo el cual funcionaban todas estas creencias de género a las que estuvieron expuestos en su socialización.

- En esa línea, estos varones fueron interiorizando y avalando otras creencias que les permitiera naturalizar sus ejercicios de violencia sin sentir culpa o sin considerarla una problemática. Así, algunas creencias tales como: un hombre es violento por naturaleza, un hombre debe imponer su autoridad con fuerza en su relación de pareja o familia, un hombre debe hacerse respetar, etc., funcionaban como ideas pre existentes que avalaban el ejercicio de violencia contra sus parejas. Estas ideas no eran cuestionadas, estaban al servicio de la expresión emocional, la cual hasta cierto punto les era útil pues, avalados además por un sistema de género que privilegia la figura masculina, no se hacían cargo de sus acciones. En ese punto es probable que la violencia que ejercían estos varones también estuviese en relación al poder que intentaban sostener ante una serie de conflictos emocionales en el ámbito social y privado, que creían que ponía en cuestionamiento su supuesta autoridad. De esta forma, la violencia no solo era un medio para expresar y canalizar emociones, sino también un medio bajo el cual intentaban sostener su imagen masculina. Muchas veces fue el hogar y frente a sus parejas de manera consciente, el escenario en el que decidían perpetrar su violencia, sin ser casualidad que en otro grupo de hombres peruanos el mecanismo es el mismo. Entonces, la violencia no solo era algo que emergía inconscientemente o un aprendizaje que no cuestionaban, sino también una acción consciente que trataron de sostener bajo creencias como las antes mencionadas. Así, la culpa, las emociones, la consciencia de daño, etc., no era asumido por ellos.
- También, los celos aparecen como una emoción muy ligada al ejercicio de violencia que en primera instancia estos varones reconocían como una muestra de afecto y de amor, creencia que les resultaba beneficioso al culpar a sus parejas de los problemas o peleas mitigando en ellos la responsabilidad ante la violencia que podían ejercer. Al mismo tiempo, la creencia de que en todas las parejas existe violencia permitía encubrir su accionar y las emociones que surgían como la inseguridad, el miedo, los celos, etc., que al conectar con la fragilidad emocional masculina emergía violentamente para tener el control, no perder la autoridad y los privilegios otorgados por la sociedad. Así, es interesante como en los

testimonios de los participantes estas creencias aparecen como un intento de corregir a sus parejas al no ir acorde a las expectativas y servicios que ellos esperaban de la figura femenina, el cual deja entrever la creencia de una supuesta autoridad masculina que debían defender aun si eso significaba actuar de manera hostil. De esta forma, estos varones intentaban resolver los conflictos desde su posición de poder, usando la violencia como una herramienta para sostener su autoridad.

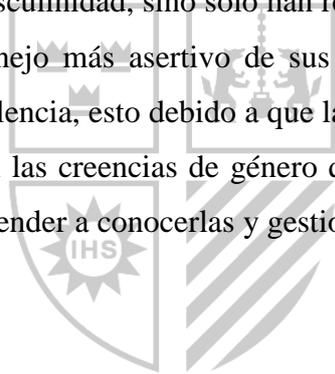
- Por otro lado, es interesante como el cuestionamiento sobre la masculinidad de estos varones se da en el momento que se ven confrontados ante la posibilidad de perder su familia y del cuestionamiento de sus parejas quienes deciden detener la violencia. Aparece en ese momento un rol activo por parte de sus parejas que deja de ajustarse al rol femenino tradicional socializado en el sistema de género, desafiando la supuesta autoridad masculina que estos varones tenían en la relación. Este cuestionamiento al orden natural de los géneros por parte de sus parejas da cuenta de la poca disposición que hubo en estos hombres para cuestionar su masculinidad, su autoridad y renunciar a sus privilegios. Esto parece movilizar la fragilidad y la inseguridad de la identidad masculina que, ante la posibilidad de ser abandonados, de quedarse solos, etc., conectan con aquellas experiencias emocionales que los lleva recién a ceder y cuestionarse sobre su ejercicio de violencia.
- En ese sentido, no deja de ser importante señalar los pocos espacios recreativos o de reflexión con los que contaban estos hombres, pues durante su socialización muchos reconocen no haber sido estimulados para expresar y comunicar abiertamente su dimensión afectiva por lo que en el programa reeducativo encuentran un primer espacio donde aprenden a expresar sus emociones. Sin embargo, resalta el hecho de que muchos no buscaron otros espacios para comunicar sus emociones, tampoco lo hicieron con sus parejas, prefiriendo mantener la violencia como único medio para comunicar sus emociones.
- Justamente respecto al proceso reeducativo de estos hombres es importante señalar que encuentran en este espacio la posibilidad de experimentar nuevos aprendizajes emocionales, nuevas formas de expresarse emocionalmente y cuestionarse las formas de relacionarse con sus parejas e hijos. Esto los ayuda a ir abandonando gradualmente su ejercicio de violencia, aprendiendo y reconociendo nuevas estrategias para establecer mejores relaciones con su entorno. Así, este

proceso los lleva a resignificar sus propias historias de violencia logrando transformar el dolor en palabras, en sentidos, en emociones, que los lleva a pensar sobre las consecuencias de su violencia. Esto es valorado positivamente, pues permite validar sus propias experiencias emocionales y sus vivencias masculinas.

- A propósito, los varones participantes de la presente investigación asumieron la posibilidad de cambio, reconociendo que responsabilizarse de sus conductas violentas es un primer paso doloroso que abre una serie de emociones nunca antes permitidas a sentir que los van acompañando a lo largo de este proceso de cambio que señalan como doloroso por las emociones que identifican y que mantenían ocultas para evitar ver la vulnerabilidad y la fragilidad que antes no estaban dispuestos a afrontar.
- En ese proceso reeducativo estos varones aprenden a identificar, reconocer y ponerle nombre a las emociones que van sintiendo, aprenden a comunicar y pensar en aquel mundo emocional poco explorado. A partir de ello, aprenden a validar también aquellas experiencias corporales, creando una nueva red de significados emocionales que asocian como la principal fuente de cambio en su abandono de violencia. Es interesante que, a partir del cuestionamiento a su posición masculina, encuentran formas de gestionar mejor sus emociones, hacerse cargo y decidir expresar sus emociones sin violencia. Esto se muestra en algunas actitudes como el distanciamiento, el retirarse y calmarse para luego conversar, o buscar conversar con otra persona sobre sus emociones. De esta forma, el reconocimiento no solo los lleva a hacerse cargo de su ejercicio de violencia, sino también adquirir nuevos aprendizajes en función de su masculinidad. Esto les permite aprender a expresar sus emociones, relacionarse de mejor manera con sus parejas y reconocerse como hombres por fuera del discurso hegemónico: aquellos que pueden sentir y expresar su mundo emocional.
- Sin embargo, también se reconoce las dificultades que atraviesan en este proceso de cambio donde la reflexión, el cuestionamiento y el aprendizaje se ven detenidos frente al entorno social que aún exige y demanda muestras de hombría que los lleva a anular por momentos los progresos en los que están inmersos. Esto porque aún el entorno social feminiza y las emociones siguen siendo una amenaza para la hombría, lo cual lleva a ocultarlas frente a los demás. Esto se debe a que los varones deben continuar socializando en sus trabajos, con sus amigos, etc., que

sumado a un contexto social muy marcado por la desigualdad de género recaen en algunas prácticas de violencia como la psicológica.

- Al mismo tiempo, el entorno social no les brinda otras posibilidades de recreación, por lo que el alcohol continúa siendo la principal actividad recreativa que estos hombres tienen para socializar y expresar sus emociones. De esta manera, el orden de género y la desigualdad sigue naturalizado, el entorno social ofrece pocas posibilidades de expresar o encontrar un lugar en el cual expresar una masculinidad con emociones, y con todo ello es importante señalar los cambios que estos hombres han encontrado logrando ciertos avances. Sobre todo, los hombres disminuyen el ejercicio de su violencia física hasta dejar de ejercerla, al igual que la violencia psicológica.
- Por último, si bien el aprendizaje de las emociones ayuda a reducir el ejercicio de violencia, este no significa que estos hombres hayan reconstruido su masculinidad, sino sólo han reducido y limitado su violencia. Es decir, logran un manejo más asertivo de sus emociones, a la par que reducen su ejercicio de violencia, esto debido a que la violencia requiere una carga emocional que, junto con las creencias de género que se incorporan a lo largo de la socialización, el aprender a conocerlas y gestionarlas ayuda a limitar la violencia.



UARM
Universidad
Antonio Ruiz
de Montoya

RECOMENDACIONES

Tomando en cuenta los hallazgos de este estudio, se presentan algunas limitaciones encontradas en la investigación que se consideran relevantes para realizar ciertas recomendaciones que podrían ser estimadas para futuras investigaciones de temáticas similares.

- Para empezar, el número de participantes de la presente tesis fue reducido debido a la especificidad de la población que, en algunos casos, por el tema sensible que implica evocar sus historias de violencia, declinaron participar. Es así que se reconoce que los resultados se basan en una población reducida de varones, por lo que los resultados y las inferencias realizadas en la presente tesis deben tomar en cuenta la restricción de la cantidad de participantes.
- Asimismo, hubiese sido interesante realizar un seguimiento prolongado de los participantes sobre sus vivencias día a día, pues hubiese enriquecido los resultados antes presentados. Sin embargo, debido al tiempo de pandemia por COVID-19 y debido a que la presente tesis se realizó durante los cursos de Seminario de tesis, el tiempo fue una limitante.
- Sobre la metodología, se sugiere que para futuras investigaciones respecto a la misma temática se puedan realizar tanto entrevistas individuales como grupos focales con los participantes. Esto permitiría complementar y comparar la información que se brinda frente a los pares y frente al entrevistador. Hubiese sido muy interesante captar estos discursos sociales que se generan y emiten en grupos, teniendo en cuenta el tema sensible de la presente tesis: la violencia y la expresión emocional.
- Por otro lado, teniendo en cuenta el contexto en el que se desarrolló la presente tesis –pandemia por COVID-19–, se considera necesario impulsar la creación de espacios virtuales de acompañamiento en el que los hombres puedan trabajar en el reconocimiento y aprendizaje de sus emociones. En especial, trabajar en redes

de apoyo y soporte emocional para aquellos hombres que empezaron sus procesos de reaprendizajes y que, por la pandemia, han visto detenidos sus procesos. Es vital poder adecuar estos espacios a plataformas virtuales para continuar con el reaprendizaje de nuevas formas de expresar la masculinidad desde las emociones.

- En ese sentido, una recomendación para futuras líneas de investigación es profundizar en los espacios recreativos, diferentes al alcohol y/o al deporte, que estos hombres frecuentan a lo largo de su socialización. Esto sería interesante con miras a permitir la creación de espacios comunitarios donde puedan reflexionar desde temprana edad sobre las emociones, la importancia de expresar afecto y gestionar sus emociones.
- En esa línea, la educación emocional desde un enfoque de género se hace necesario e indispensable de integrar en la comunidad y en los espacios de salud mental, pues como hemos ido viendo a lo largo de este estudio el ejercicio de violencia viene acompañado de un entramado emocional que muchas veces por no saber identificar y gestionar emerge como violencia.
- Por último, es importante seguir profundizando en el estudio de las emociones y el ejercicio de violencia en hombres, pues se considera que el presente estudio brinda una mirada nueva sobre este fenómeno —en especial para nuestro contexto peruano—, por lo que más líneas de investigación y reflexión en torno a la dinámica emocional permitirá comprender mejor el fenómeno de la violencia en nuestro país. Sin olvidar que el trabajo con hombres que han ejercido violencia es una apuesta también política que debe ser visibilizada en el desarrollo de políticas y espacios públicos que tengan una incidencia en nuestra sociedad para poder socavar la creciente ola de violencia que vemos en la sociedad. Es indispensable que podamos visibilizar el fenómeno de la violencia masculina para poder integrarnos a la lucha contra la violencia y la desigualdad de género, con miras de que se puedan entablar masculinidades más sanas, más afectivas y más igualitarias.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aiquipa Tello, J. J., y Canción Suárez, N. M. (2020). Mujeres supervivientes de violencia de pareja: factores y procesos psicológicos implicados en la decisión de permanecer o abandonar la relación. *Avances en Psicología Latinoamericana*, 38(1), 189-202.
- Alcalá, V., Camacho, M., Giner, D., Giner, J., y Ibáñez, E. (2006). Afectos y género. *Psicothema*, 18(1), 143-148.
- Álvarez Álvarez, K., Hermosilla Caro, C., y Lucero Chenevard, C. (2015). Constructos personales de hombres que han ejercido violencia en la pareja. *Psicoperspectivas*, 14(3), 106-116.
- Amuchástegui, A., y Szasz, I. (2007). *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*. México: Colegio de México.
- Artaza, C. (2018). Las emociones masculinas como territorios en disputa. En *Masculinidades, familias y comunidades afectivas*. ITESO, Universidad Jesuita de Guadalajara.
- Axt, J. C. P., Lagos, L. A., y Ardura, F. S. (2017). Masculinidad, socialización y justificación de la violencia de género en hombres de la región de la Araucanía, Chile. *Masculinidades y cambio social*, 6(2), 142-165.
- Axt, J. C. P., Lagos, L. A., y Henríquez, V. B. (2019). Los celos como norma emocional en las dinámicas de violencia de género en redes sociales en las relaciones de pareja de estudiantes de Temuco, Chile. *Multidisciplinary Journal of Gender Studies*, 8(2), 180-203.
- Baron, R. (2005). *Psicología Social 10º*. Pearson educación.
- Bermejo, R. C., y Hernández, A. N. (2017). Aproximación al concepto de emocionalidad. El estereotipo emocional del sexismo. *Revista de estudios e investigación en psicología y educación*, 4(1), 34-41.
- Bermúdez, M. (2013). Connel y el concepto de masculinidades hegemónicas: notas críticas desde la obra de Pierre Bourdieu. *Estudios Feministas*, 21 (1), 283-300.

- Blázquez, M., y Moreno, J. (2008). Análisis de la inteligencia emocional en la violencia de género. *Electronic Journal of Research in Educational Psychology*, 6(2), 475-500.
- Bolaños Vivas, Robert Fernando (2015). Elementos de hermenéutica y fenomenología para un diálogo metodológico entre las ciencias. *Sophia, Colección de Filosofía de la Educación*, (19), 25-46.
- Bonino, L. (2000). III. Varones, género y salud mental: deconstruyendo la “normalidad” masculina. *Nuevas masculinidades*, 2, 41.
- Bourdieu, P. (1998). *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Butler, J. (2006). *Deshacer el género*. Editorial Paidós, Barcelona.
- Cabanillas-Rojas, W. (2020). Consumo de alcohol y género en la población adolescente escolarizada del Perú: evolución y retos de intervención. *Revista Peruana de Medicina Experimental y Salud Publica*, 37, 148-154.
- Casango-Campechano, O., Cortaza-Ramírez, L., y Villar-Luis, M. (2017). Motivos para el consumo de alcohol en estudiantes de secundaria de Minatitlán, Veracruz, México. *Revista Médica de la Universidad Veracruzana*, 17(2).
- Castañeda, M. (2007). *El machismo invisible regresa*. Taurus.
- Castro, L. D., y Posada, S. (2008). El afecto y el cuidado como una experiencia de aprendizaje en familias víctimas de violencia intrafamiliar. *Revista Panorama*, 5(2), 25-34.
- Connel, R. W. (1997) “La organización social de la masculinidad”. Recuperado de http://www.pasa.cl/wpcontent/uploads/2011/08/La_Organizacion_Social_de_la_Masculinidad_Connel_Robert.pdf
- Córdoba, M. G. (2019). Representaciones sociales e identidad viril: Un estudio Tucumano de las prácticas instituyentes de Masculinidad. *Temas de Mujeres*, 15(15), 11-31.
- De Aguilera, M. (2018). Teorías de la comunicación, poder y sistemas de creencias. *IC Revista Científica de Información y Comunicación*, (15).
- De Keijzer y Rodríguez (2007). Hombres rurales: nueva generación en un mundo cambiante. En Amuchástegui y Szasz (2007) *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*. México: Colegio de México.
- De Keijzer, B. (2003). Hasta donde el cuerpo aguante: género, cuerpo y salud masculina. *La salud como derecho ciudadano: perspectivas y propuestas desde América Latina*. Lima, Perú: Foro Internacional en Ciencias Sociales y Salud, 137-152.

- De Keijzer, B. (2010). *Masculinidades, violencia, resistencia y cambio*. (Doctorado en Salud Mental Comunitaria). México: Universidad Veracruzana, Instituto de Investigaciones Psicológicas.
- Defez Martín, A. (2005). ¿Qué es una creencia? *Logos. Anales Del Seminario De Metafísica*, (38), p. 199-221.
- Delgado, J. R. P. (2012). Exploración de los motivos para consumir alcohol en adolescentes. *Psicología Iberoamericana*, 20(1), 29-39.
- Díaz, L., Torruco, U., Martínez, M. y Varela, M. (2013). La entrevista, recurso flexible y dinámico. *Investigación en Educación Médica*, 2(7), 162-167
- Díez Patricio, A. (2017). Más sobre la interpretación (II): ideas y creencias. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 37(131), 127-143.
- Duarte, E., Gómez, J. F., y Carrillo, C. D. (2010). Masculinidad y hombre maltratador ¿pueden las creencias de hombres y mujeres propiciar violencia de género? *Revista de Psicología*, 19(2).
- Fernández-Llebrez, F. (2005). Masculinidades y violencia de género. ¿Por qué algunos hombres maltratan a sus parejas (mujeres)? *Red Iberoamericana de Masculinidades*, 1-10.
- Figueroa-Perea, Juan-Guillermo. (2016). Algunas reflexiones para dialogar sobre el patriarcado desde el estudio y el trabajo con varones y masculinidades. *Sexualidad, Salud y Sociedad (Rio de Janeiro)*, (22), 221-248.
- Flick, U. (2012). *Introducción Investigación Cualitativa*. Madrid: Morata.
- Fuller, N. (2001). *Masculinidades: cambios y permanencias: varones de Cuzco, Iquitos y Lima*. Fondo Editorial PUCP.
- García, P. D. (2019). El método comparativo constante y sus potencialidades para el estudio de políticas educativas para la escuela secundaria en Latinoamérica. *Revista Latinoamericana de Educación Comparada*, 10(15), pp. 27-43.
- Gartzia, L., Aritzeta, A., Balluerka, N., y Barberá, E. (2012). Inteligencia emocional y género: más allá de las diferencias sexuales. *Anales de Psicología*, 28(2), 567-575.
- Garzón, A. (2006). Evolución de las creencias sociales en España. *Boletín de psicología*, 86, 53-84.
- Gehrig, R., Palacios, J., Blesa, B., Cobo, F., García, M., Muñoz, P. y Rodes, J. (2014). Guía de criterios básicos de calidad en la investigación cualitativa. Recuperado de <http://repositorio.ucam.edu/handle/10952/1097>
- Gilardi, A. (2019). Del Juego a la Transgresión y de la Masculinidad a las Emociones. El Caso de Tona: Un Joven en Proceso de Reinserción Social en la Ciudad de México. *Trayectorias*, 22(50).

- Griego Galeano, P. M. (2019). *Celos y violencia de género: aportes desde diferentes perspectivas para la comprensión de esta emoción*. (Tesis fin de grado) Universidad de la República Uruguay.
- Guardian-Fernández, A. (2015). *El paradigma cualitativo en la investigación socio-educativa*. Editorial UCR.
- Hanna, P., y Mwale, S. (2017). 'I'm not with you, yet I am...': Virtual face-to-face interviews. In V. Braun, V. Clarke y D. Gray (Eds.), *Collecting qualitative data: A practical guide to textual, media and virtual techniques* (pp. 256-274). Cambridge: Cambridge University Press.
- Hernández Cava, H., y Garbus, P. (2017). Prácticas de cuidado de la salud mental entre pares en hombres adolescentes de San Antonio de la Cal, Qro. Mex. In *IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XXIV Jornadas de Investigación y XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. (No. 1, pp. 130-133).
- Hernández, B., Suarez, E., Martínez-Torvisco, J., y Hess, S. (2006). Actitudes y creencias sobre el medio ambiente en la conducta ecológica responsable. *Medio Ambiente y Comportamiento Humano*, 7(2), 21-44.
- Hernandez, G. R., Lugo, C. S. J., y de León, M. D. C. P. (2011). La culturalización de los afectos: Emociones y sentimientos que dan significado a los actos de protesta colectiva. *Interamerican Journal of Psychology*, 45(2), 193-201.
- Hernández, O. (2007). Estudios sobre masculinidades: aportes desde América Latina. *Revista de Antropología experimental*, (7), 153-160.
- Herrera Tapia, P. E. (2019). *Caracterización del sistema de creencias de género en mujeres violentadas y maltratadas en la provincia de Tungurahua* (Bachelor's thesis, Pontificia Universidad Católica del Ecuador).
- Hurtado, R. (2009). Caracol de piedra. *Fragilidad vs. Fortaleza: Aproximaciones al doble discurso de los hombres en Lima Metropolitana*. Lima: Talleres del Instituto Peruano de Paternidad Responsable–INPPARES.
- Instituto Nacional de Estadística e Informática (2019). *Perú: Indicadores de violencia familiar y sexual, 2012-2019*. Recuperado de https://www.inei.gob.pe/media/MenuRecursivo/publicaciones_digitales/Est/Lib1686/libro.pdf
- Instituto Nacional de Estadística e Informática (2020). Planos estratificados de Lima Metropolitana a nivel de manzanas 2020. *Instituto Nacional de Estadística e Informática*.
- Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. *Masculinidad/es. Poder y crisis*, (24), 49-63.

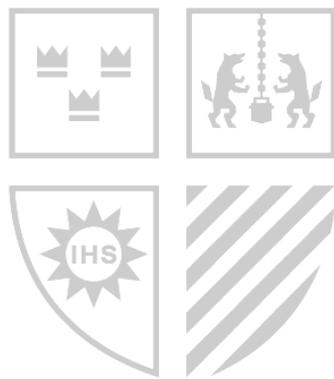
- Lagarde, M. (1992). *Identidad de género*. Managua.
- Lamas, M. (1994). Cuerpo: diferencia sexual y género. *Debate feminista*, 10, 3-31.
- Lamas, M. (1999). Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género. *Papeles de población*, 5(21), 147-178.
- Llumipanta, L. (2018). "Lo masculino", ¿Estereotipo o construcción social? *Un análisis crítico de los enfoques de trabajo sobre nuevas masculinidades* (Tesis de pregrado). Universidad Central del Ecuador.
- López, G. M. A., Rodríguez, A. B., & Marroquín, L. J. N. (2013). La dimensión biológica y la dimensión cultural como asíntotas de la emoción: una posibilidad actual en la comprensión de la emoción. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 4(2), 357-366.
- Lucas Cera, G. L., y Martínez López, R. M. (2017). Intervención en violencia masculina a través de los grupos reeducativos en la unidad de atención y prevención de la violencia familiar (UAPVIF): una observación etnográfica. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 19(3).
- Mardones, K. y Navarro, S. (2017). Mandatos de género para hombres: Creencias de universitarios y universitarias del sur de Chile. *Integración Académica en Psicología*, 5(15), 55-65.
- Martínez, C. (2013). Masculinidad hegemónica y expresividad emocional de hombres jóvenes. *J. Ramírez, y J. Cervantes. Los hombres en México. Verdades recorridas y por andar. Una mirada a los estudios de género de los hombres, las masculinidades*, 177-199.
- Martínez, L., y Leiva, C. (2019). *Patriarcado y capitalismo: Feminismo, clase y diversidad* (27). Ediciones AKAL.
- Martínez-Salgado, C. (2012). El muestreo en investigación cualitativa: principios básicos y algunas controversias. *Ciência y Saúde Coletiva*, 17, 613-619.
- Medina, E., Arévalo, A., y Duran, A. (2015). Necesidades, expectativas y sueños sobre la relación de pareja en hombres remitidos para atención psicológica por denuncias de violencia intrafamiliar. *Universitas psychologica*, 14(1), 205-218.
- Meschi, A. (2018). *Masculinidad y Emociones. El caso de jóvenes estudiantes del Liceo de Aplicación* (Tesis pregrado). Universidad de Chile.
- Minello, N. (2002). Masculinidades: un concepto en construcción. *Nueva antropología*, 18(61).
- Ministerio de la mujer y Poblaciones vulnerables (2020) Cifras de Violencia contra las mujeres. Recuperado de <https://portalestadistico.aurora.gob.pe/wp-content/uploads/2021/08/Cartilla-Estadistica-AURORA-Julio-2021.pdf>

- Moreno López, S. (2014). La entrevista fenomenológica: una propuesta para la investigación en psicología y psicoterapia. *Revista da abordagem gestaltica*, 20(1), 63-70.
- Nilsson, N. J. (2019). *Para una comprensión de las creencias*. Fondo de Cultura Económica.
- Núñez, G. (2007). La producción de conocimientos sobre los hombres como sujetos genéricos: reflexiones epistemológicas. En Amuchástegui y Szasz (2007) *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*. México: Colegio de México.
- Oblitas, B. (2015). *Violencia Familiar: Discursos, Miradas, Respuestas*. Lima, Perú: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Ocampo, I. (2019). ¿Yo, hombre? Las masculinidades y el ser hombre en un programa reeducativo contra la violencia en México. *Asparkia: Investigación feminista*, (35), 67-86.
- Olarte, C., y De Keijzer B. (2018). Se solicitan hombres: la experiencia masculina en talleres sobre afectividad. *Quaderns de Psicologia*, 20(1), 7-22.
- Olarte, C., y De Keijzer, B. (2016). El rostro universitario de la afectividad: una perspectiva desde los varones. *Perspectivas docentes*, (60).
- Olavarría, J. (2001) Invisibilidad y poder. Varones de Santiago de Chile. *Investigaciones desde América Latina*. Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Olavarría, J., y Parrini, R. (2000). Masculinidad/es. *Identidad, sexualidad y familia*. Santiago: Flacso.
- OMS (2013). What do we mean by "sex" and "gender"?. Gender, women and health. Recuperado de <https://www.who.int/gender-equity-rights/en/>
- Ovejas, I. S. (2020). La socialización diferencial emocional de género como factor predictor del carácter. *iQual. Revista de Género e Igualdad*, (3), 80-93.
- Parrini, R. (2007). Un espejo invertido. Los usos del poder en los estudios de masculinidad: entre la dominación y la hegemonía. En Amuchástegui y Szasz (2007) *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*. México: Colegio de México.
- Peña, J. (2013). *Construcción de masculinidades igualitarias atractivas: La transmisión de valores a través de actos comunicativos en contextos* (Doctorado). Universidad de Barcelona, España.
- Peres, F. (2019). *Desconstruido como masculinidades: uma análise do Projeto Nós* (Tesis de licenciatura) Universidade Federal do Rio Grande do Norte. Brasil.

- Pérez, J., Nieto-Bravo, J., y Santamaría-Rodríguez, J. (2019). La hermenéutica y la fenomenología en la investigación en ciencias humanas y sociales. *Civilizar: Ciencias Sociales y Humanas*, 19(37), 21-30.
- Pignatiello, A. (2014). El tejido subjetivo de la violencia en el revés de la masculinidad. *Revista venezolana de estudios de la mujer*, 19(43), 123-147.
- Polo C. (2011). *La identidad masculina en jóvenes adultos de Lima Metropolitana desde los imperativos de la masculinidad hegemónica*. Pontificia Universidad Católica del Perú. Perú.
- Puente Martínez, A., Ubillos Landa, S., Echeburúa, E., y Páez Rovira, D. (2016). Factores de riesgo asociados a la violencia sufrida por la mujer en la pareja: una revisión de metaanálisis y estudios recientes. *Anales de psicología*, 32(1), 295-306.
- Ramírez C., Gómez M., Gutiérrez, N., y Sucilla M. (2017). Masculinidades y emociones como construcciones socioculturales: una revisión bibliométrica. *Masc. Soc. Change*, 6, 217-256.
- Ramírez Hernández, F. A. (2000). *Violencia masculina en el hogar*.
- Ramírez Rodríguez, J. (2020). Algunos elementos para el debate sobre la intersección entre masculinidad y emociones. En *Hombres, masculinidades, emociones*. Pagina seis.
- Ramírez, J. (2013). Masculinidad y emociones. Una aproximación a su construcción social. *Acta científica XXIX Congreso latinoamericano de sociología*. Santiago, Chile: Universidad de Chile
- Ramírez, M. (2002). *Hombres violentos. Un estudio antropológico de la violencia masculina*. Instituto Jaliscience de las Mujeres – Plaza y Valdés Editores. México.
- Ramos Padilla, M. (2006). *Masculinidades y violencia conyugal: Experiencias de vida de hombres de sectores populares de Lima y Cusco*. Lima: FASPA/ UPCH
- Riquelme, E., Miranda Zapata, E., y Halberstadt, A. G. (2019). Creencias de los adultos sobre la emoción de los niños: una propuesta de exploración en contextos de diversidad cultural. *Estudios pedagógicos (Valdivia)*, 45(2), 61-81.
- Ródenas Picardat, S. (1996). Grupos de ayuda mutua: una respuesta alternativa en la práctica del trabajo social. *Alternativas. Cuadernos de Trabajo Social*, N. 4 (octubre 1996); pp. 195-205.
- Rodríguez, G., Gil, J, y García, E. (1999). Metodología de la investigación cualitativa. *Málaga: aljibe*.
- Rodriguez, H., y Toro, A. (2008) El Género y las Emociones: Una Mirada Social y Cultural a la Restricción Emocional de la Masculinidad. *CIENCIAS DE LA CONDUCTA*, 109-130. 28 (1)

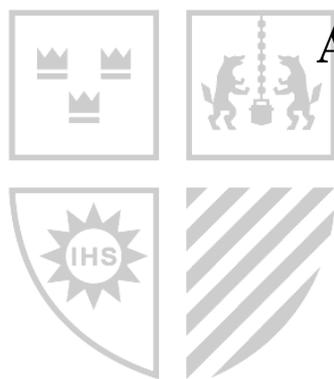
- Rodríguez, J. (2014). *Emociones y procesos de cambio en hombres que participan en un programa reeducativo para agresores en Lima* (Tesis pregrado). Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú.
- Rodríguez, J. (2018). *Participación de los hombres en el activismo antipatriarcal: tensiones y posibilidades* (Tesis de magíster). Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, Perú.
- Rodríguez, Tania. (2008). El valor de las emociones para el análisis cultural. *Papers. Revista de Sociología*, 87, 145-159.
- Ruiz, D., & Garrido, A. (2018). *Rompiendo moldes: transformar imaginarios y normas sociales para eliminar la violencia contra las mujeres*. OXFAM.
- Ruiz, M. B. L., y Roqueñi, L. P. (2018). Depresión en hombres y su relación con la ideología masculina tradicional y la alexitimia. *MLS Psychology Research*, 1(1).
- Salguero, A., Cordoba, D., y Sapién, S. (2018). Masculinidad y paternidad: los riesgos en la salud a partir de los aprendizajes de género. *Psicología y Salud*, 28(1), 37-44.
- Salguero, M.A. (2018). Emociones y masculinidades: vivencia y significado en los varones. *Coordinadoras Rocío Enríquez y Oliva López. Masculinidades, familias y comunidades afectivas*. ITESO, Universidad Jesuita de Guadalajara.
- Sánchez, M. (2017). *Narrativas de masculinidad en hombres que han ejercido violencia hacia sus parejas* (Magíster). Universidad de Chile.
- Santrock, J. (2007). *Desarrollo Infantil*. México: M.C. Graw Hill.
- Seidler, V. (2003). Transformando las masculinidades. *Lomas, C.(Comp.).¿ Todos los hombres son iguales*, 205-211.
- Seidler, V. J. (1995). Los hombres heterosexuales y su vida emocional. *Debate feminista*, 11, 78-111.
- Torres, F. S., Narvaez, A., Villa, G. A., Calle, X. S., Solorzano, J. G., Icaza, X. P., ... y Ledesma, P. (2016). La familia y los amigos como riesgo de consumo de alcohol en adolescentes. *Revista Ciencia UNEMI*, 9(17), 85-91.
- Torres, L. L. (2018). *Interiorización de los estereotipos de género en la sociedad argentina y el ideal de belleza en los mensajes publicitarios. Estudio transversal en 4 rangos de edad que abarca de los 18 a los 49 años* (Doctoral dissertation, Universidad Complutense de Madrid).
- Valdés, T., y Olavarría, J. (Eds.). (1997). *Masculinidad/es: poder y crisis* (No. 24). Isis Internacional.
- Vasilachis, I. (2006) *Estrategias de investigación cualitativa*. Barcelona: Gedisa.

- Vásquez, E. (2013). Hacerse hombre: algunas reflexiones desde las masculinidades. *Política y sociedad*, 50(3), 817-835.
- Vázquez García, V., y Castro, R. (2009). Masculinidad hegemónica, violencia y consumo de alcohol en el medio universitario. *Revista mexicana de investigación educativa*, 14(42), 701-719.
- Vela, J. (2014). Lucha contra el sexismo y la violencia de género: Resistencias y cambios en la identidad masculina. In *III Congreso Genero y Sociedad. " Voces, cuerpos y derechos en disputa"*.
- Viveros, M. (2001). Masculinidades. Diversidades regionales y cambios generacionales en Colombia. *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*, 35-152.
- Zraick, K. (29 de noviembre del 2018). El lugar más peligroso para una mujer es su hogar, alerta la ONU. *The New York Times*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/es/2018/11/29/espanol/feminicidios-en-el-mundo-onu.html>



UARM

Universidad
Antonio Ruiz
de Montoya



ANEXOS

UARM

Universidad
Antonio Ruiz
de Montoya

ANEXO N° 1: GUÍA DE ENTREVISTA

Datos generales

- Seudónimo:
- Edad:
- Lugar de nacimiento:
- Ocupación:
- Grado de instrucción:
- Tiempo en el programa reeducativo:
- Motivo por el cual acudiste a este espacio:

a. Creencias sobre la expresión de emociones

- 1) Cuéntame sobre tu infancia, ¿qué emociones recuerdas de tu niñez?
 - *¿Qué creencias sobre la expresión de tus emociones recuerdas haber aprendido en tu familia?*
 - *¿Cómo era la expresión emocional/afectiva de tus padres (entre ellos y hacía ti)?*
 - *¿Qué creías sobre esta expresión afectiva de tus padres (entre ellos y hacía ti)?*
 - *¿Cómo expresabas tus emociones en tu entorno (familia, amigos, colegio)? ¿Por qué crees que expresabas tus emociones de esa manera?*
- 2) Y sobre tu adolescencia, cuéntame ¿qué emociones recuerdas de esa etapa?
 - *¿Qué creencias sobre la expresión de tus emociones recuerdas haber aprendido durante esta etapa? (amigos, colegio, etc.)*
 - *¿Cómo solías expresar tus emociones hacía otras personas (familia, amigos, colegio)? ¿Qué creías sobre estas expresiones emocionales?*
- 3) Sobre tus amistades, ¿de qué manera solías expresar tus emociones? ¿Por qué crees que las expresabas de esta manera?
 - *¿Crees que existe alguna diferencia sobre la expresión emocional hacía una amistad femenina y masculina? ¿Con quienes solías expresar tus emociones?*
- 4) ¿Qué emociones creías que debía expresar un hombre?
 - *¿Por qué crees que ello implicaba ser un hombre?*
 - *¿Había alguna expresión emocional que te hacía sentir más hombre?*
 - *En el trabajo ¿Cómo expresabas tus emociones? ¿Por qué crees que es así?*

- 5) ¿Qué actividad o espacio solías utilizar para expresar estas emociones? ¿Por qué crees que utilizabas estos espacios para expresar tus emociones?

b. Experiencia de pareja

- 6) ¿Cuál crees que sea la relación entre las creencias sobre la expresión de emociones y el ejercicio de violencia?
- *¿En qué situaciones expresabas tus emociones de forma violenta? ¿Por qué crees que las expresabas de esa manera?*
- 7) En ese sentido, en las relaciones de pareja que has tenido, ¿cómo expresabas tus emociones? ¿Por qué crees que expresabas tus emociones de esa manera?
- *¿Cómo te sentías recibiendo afecto de tu pareja?*
 - *¿Cómo te sentías expresando afecto? ¿Qué creías sobre ello?*
- 8) Cuando había problemas con tu pareja, ¿cómo expresabas tus emociones? ¿Por qué crees que expresabas tus emociones de esa manera?
- *Después de haber ejercido violencia ¿Cómo te sentías con la forma en que habías expresado tus emociones? ¿Qué creías sobre ello?*
- 9) Me gustaría que me cuentes sobre tu proceso reconociendo tu ejercicio de violencia
- *¿Cómo te sentiste compartiendo tu experiencia como hombre violento con otros hombres?*

c. Creencias sobre la expresión de emociones

- 10) Cuéntame, ¿ahora cómo crees que expresas tus emociones? (amigos, familia, pareja, etc.).
- *Cuéntame que emociones sueles reconocer en ti*
 - *¿Cuéntame que emociones reconoces cuando te sientes bien y cuando te sientes mal? ¿Cómo sueles expresarlas? ¿Qué crees sobre ello?*
- 11) Para finalizar, ¿cómo te has sentido hoy conversando conmigo, contándome aspectos de tu vida?

ANEXO N° 2: CONSENTIMIENTO INFORMADO DIALOGADO

El propósito del proceso de consentimiento es brindarle, como posible participante de la presente investigación, una explicación de la naturaleza de la misma y del rol que tendría en ella.

Me gustaría empezar diciendo que la presente investigación es conducida por **Renato De La Cruz del Pozo**, estudiante de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya, en el marco del curso de **Seminario de Tesis** de la misma universidad. El objetivo de la investigación es **conocer cuáles son las creencias sobre la expresión de emociones en hombres que han ejercido violencia, que participan en un programa reeducativo en Lima**.

Si usted accede a participar, se le pedirá responder a una serie de preguntas en una entrevista elaborada por el estudiante que conduce la investigación. Si no desea responder alguna de las preguntas, o prefiere no conversar sobre algún tema en particular, está en todo su **derecho de abstenerse** y comunicárselo a su entrevistador. La entrevista se realizará **en una sesión** y tomará aproximadamente **entre 60 a 90 minutos** de su tiempo.

Solicitamos su autorización para que lo que se converse durante la entrevista pueda ser grabado en audio, de modo que el estudiante que conduce la investigación pueda transcribir las ideas que usted haya expresado para su posterior análisis. ¿Está usted de acuerdo con este punto?

Una vez finalizada la investigación, **el audio se destruirá casi en su totalidad**. En este punto es necesario señalar que, si usted acepta participar, se conservará la sección en la que exprese su consentimiento a modo de firma verbal. Cabe resaltar que, debido a las características de esta plataforma llamada Zoom, el proceso de registro que se utilizará implica que se obtenga un registro del audio y el video de la videollamada. Sin embargo, el material en video será eliminado inmediatamente después de ser obtenido, quedando únicamente el registro en audio como insumo para la elaboración de la transcripción.

Toda la información que se recoja será manejada con **absoluta confidencialidad**, protegiendo y modificando los datos personales y contextuales que puedan revelar su identidad. Su participación en esta investigación es **totalmente voluntaria**; y usted puede retirarse de la misma en el momento en que lo considere, sin que esto conlleve algún perjuicio para usted.

La información brindada por usted será utilizada exclusivamente para los **fines pedagógicos** y de aprendizaje del proyecto de investigación en el curso. En caso este estudio sea evaluado como un trabajo sobresaliente, el mismo podrá ser recomendado para publicarse en una revista académica y/o en un evento estudiantil de divulgación académica. Dicha publicación y/o presentación guardará la confidencialidad previamente señalada.

Si tiene alguna duda sobre este trabajo, puede hacer preguntas en cualquier momento durante su participación.

Para información adicional, usted podrá dirigirse a **Renato De La Cruz Del Pozo** quién realiza la investigación, por medio de su dirección de correo electrónico: renato.delacruz@uarm.pe

Luego de haber revisado estos puntos, ¿acepta participar en la investigación?

En los minutos posteriores al fin de la entrevista, se le enviará un mensaje por correo electrónico con un documento que recoge todos los aspectos que le hemos mencionado. Le pedimos, por favor, que pueda responder dicho mensaje siguiendo las indicaciones que encontrará en el mismo.

¿Está de acuerdo con esto? [Si su respuesta es sí, se pasara a grabar y a iniciar con la entrevista].

ANEXO N° 3: CONSENTIMIENTO INFORMADO ENVIADO A LOS PARTICIPANTES

Acepté participar voluntariamente en una entrevista conducida por **Renato De La Cruz Del Pozo**

He sido informado/a que esta entrevista forma parte de un proyecto de tesis desarrollado en el marco del curso de **Seminario de Tesis** de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya. Asimismo, se me informó que el objetivo de dicha investigación es **conocer cuáles son las creencias sobre la expresión de emociones de hombres que han ejercido violencia, que participan en un programa reeducativo en Lima.**

Me indicaron que tendría que responder una serie de preguntas, lo cual tomaría aproximadamente de **60 a 90 minutos** de mi tiempo. También, me consultaron si la entrevista podría ser registrada en audio, lo cual _____ (acepte/no acepte). Además, se me informó que este material será transcrito, cambiando todos aquellos datos que puedan revelar mi identidad; y que, una vez finalizada la investigación, dicho material será destruido, casi en su totalidad. Se me informó que el fragmento del audio en el que consentía mi participación sería conservado a modo de firma verbal.

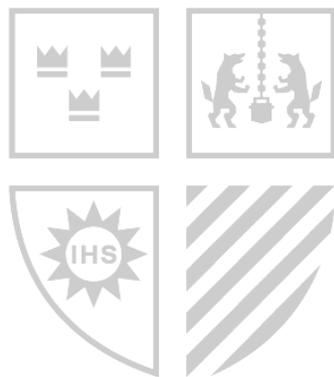
Tuve conocimiento que se registraría tanto el audio como el video de la entrevista. Se me indicó que el video sería eliminado, siendo el registro en audio el único insumo que se utilizará en el proceso de investigación. Se resaltó que, una vez concluido este proceso, el audio de la entrevista también sería destruido.

Reconozco que la información que compartí en la entrevista es estrictamente confidencial, por lo que no será usada para ningún otro propósito fuera de los fines pedagógicos contemplados en el curso de **Seminario de Tesis**. Del mismo modo, se me ha informado la posibilidad que los resultados de esta investigación se presenten en una revista y/o evento académico estudiantil, guardando la confidencialidad ya señalada.

Se me resaltó que durante la entrevista era libre de hacer preguntas sobre el proceso en cualquier momento.

Asimismo, fui informado/a que contaba con la posibilidad de dejar de participar en la investigación en cualquier momento que lo desee, sin que esto implicase algún perjuicio para mi persona.

De tener preguntas o comentarios sobre mi participación en la investigación, puedo contactar a **Renato De La Cruz Del Pozo**, estudiante que dirige la presente investigación, por medio de su dirección de correo electrónico: renato.delacruz@uarm.pe



UARM

Universidad
Antonio Ruiz
de Montoya